

LETRAS

MENSUARIO DE ARTE Y LITERATURA

REDACTAN: ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA.

SALVADOR REYES, MANUEL EDUARDO HUBNER,
HERNAN DEL SOLAR, LUIS ENRIQUE DELANO.

OFICINAS: RECOLETA 731-F.—TERCER PISO. CASILLA 2292

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, OCTUBRE DE 1928

Núm. 6

40 CTS.

JOSE ORTEGA Y GASSET



JOSE ORTEGA Y GASSET.

Para hablar del ático y sereno maestro de "El Espectador" ha menester una voz más honda que la sencilla y entusiasta palabra nuestra. Su arribo a Chile nos pone, sin embargo, en trance de tentar siquiera la sombra de un bosquejo en torno a la recia figura del primer intelecto del mundo hispano-latino.

La personalidad de José Ortega y Gasset ha alcanzado ya un relieve y una difusión tales, que fuera baldía toda generalidad trazada en torno a su significación intelectual y la trascendencia extrema que reviste su llegada a tierra chilena.

Nos contentaremos, pues, con llevar a cabo una revisión rápida

de la vida y la obra del joven maestro que reconocen como tal no sólo las generaciones intelectuales de la España de hoy, sino también los núcleos literarios y artísticos de los diversos países del continente entre ellos, en destacado lugar, nosotros, hombres de Chile, en razón del fervor y la continuidad con que hemos seguido la luminosa trayectoria de Ortega y Gasset.

Cuenta hoy el catedrático y pensador español con cuarenta y cinco años de edad. Nació en Madrid y es hijo del periodista y escritor Ortega y Munilla. La inquietud y el vigor espiritual del padre se transmitieron, agigantados, al hijo, que a los siete años de edad re-

citaba ya capítulos enteros del "Quijote" dando todo su sentido a la límpida prosa cervantina. Muy joven, a los 17 años, aquel meditativo adolescente poseía totalmente las lenguas latina y griega y era dueño de una vasta cultura humanística. A los 21 años de edad se doctoró en Filosofía y Letras en la Universidad Central y en el desarrollo de su tesis, "El Milenario", hizo gala de un intelecto ya formado y en punto de entrar en sazón. Poco más tarde, siendo todavía un muchacho, desempeñó una cátedra en la Escuela Superior del Magisterio. Llegó por aquellos días hasta Alemania y allí pasó varios años estudiando en las universidades de Berlín, Marburgo, Leipzig. El joven Ortega y Gasset, que poseía ya una vasta cultura humanística y que dominaba todas las lenguas y la civilización latina, solidificó aun más sus conocimientos al contacto de la vieja cultura alemana. En Marburgo fué discípulo de Coghén, el célebre comentarista de Kant. El espíritu hondo y penetrante del joven español adquirió en las universidades germánicas una consistencia ideológica, una claridad especulativa y una fuerza de concepción que debían fructificar más tarde en una de las mentalidades más poderosas de esta época.

Regresado a España, hizo oposiciones a la Cátedra de Metafísica de la Universidad Central, vacante por muerte de Salmerón y, en limpio torneo, las ganó sin dificultad alguna. Ya por ese entonces había publicado Ortega y Gasset algunos ensayos literarios y filosóficos que llamaron profundamente la atención del mundo intelectual hispano. Desde su cátedra de la Universidad Central, la vida de Ortega y Gasset comienza a desarrollarse serenamente entre los más complejos problemas de la cultura y la hora actual y los jalones que iba marcando la aparición de cada una de sus obras.

En 1916, como lo ha hecho ahora, José Ortega y Gasset llegó hasta Buenos Aires, invitado por la Asociación Cultural y la Facultad de Filosofía y dió una serie de conferencias que marcaron toda una etapa en el pensamiento argentino. Ya en ese año Ortega y Gasset, tanto en su cátedra de la Universidad Central como en los estudios de índole literaria y filosófica dados a la publicidad, se había revelado como el primer pensador español. Tan sobresaliente categoría era el resultado de su pensamiento tan hondo como puro, de su sensibilidad tan rica como penetrante y de su vastísima cultura, desarrollada en los severos métodos científicos y continente de un ancho panorama intelectual.

En los últimos meses del año 1916 y primeros de 1917 aparecieron "Personas, obras, cosas..." donde el joven maestro había recopilado sus ensayos más interesantes, y las "Meditaciones del Quijote", libro de alta crítica que consagró su nombre en definitiva y significó para las letras españolas la aparición de un pensador cuya ausencia era más sensible a medida que rodaban las décadas por las laderas del tiempo. Paralelos a esas obras aparecieron los dos primeros tomos de "El Espec-

tador" (1916 y 1917) y en los cuales Ortega y Gasset fué agripando una serie de ensayos bajo la serena y ecuánime actitud del espectador que mira pasar hombres y cosas y retrotrae sus ojos al pasado como los deviene hacia el futuro.

Aquellos tomos de "El Espectador", más nutridos, más intensos, más apasionantes cada vez, se sucedieron en los años 1921 (tomo III), 1925 (tomo IV) y 1927 (tomo V y VI). En 1922 publica Ortega y Gasset aquel magistral ensayo sobre la vida española, que se titula "España invertebrada" y que tuvo enorme resonancia por la singularidad y la honda filosofía que rezumaban en ambas partes del volumen: "Particularismo y acción directa" y "La ausencia de los mejores".

A este volumen sucedieron otros: "Vieja y nueva política", "Las Atlántidas" y el soberbio ensayo titulado: "El tema de nuestro tiempo" (1925) en donde Ortega y Gasset descomponen y disocian con singular clarividencia el complejo y confuso cosmorama del siglo.

A fines de aquel año, vió la luz "La deshumanización del arte", uno de los más novedosos libros del autor y en donde se analizaban las contradictorias tendencias del llamado arte nuevo. Allí Ortega y Gasset sentó proposiciones que han sido muy discutidas y rebatidas y, según muchos, dió un paso en falso. Nosotros creemos que en "La deshumanización del arte", el maestro cumplió plenamente con sus propósitos: allegar nuevos rayos de luz para la disección de los nuevos fenómenos artísticos universales. En la segunda parte del volumen, titulada: "Ideas sobre la novela", Ortega y Gasset, sólo queriendo allegar ideas, señala las escasas probabilidades que fiala las probabilidades que caben "en el viejo destino de la novela."

En el año 1926, Ortega y Gasset dió a la publicidad una nueva obra, tan densa y maciza como las anteriores, titulada "Espíritu de la letra" y el pasado año de 1927, publicó el primer tomo de un "Tríptico" que se titula "Mirabeau o el político" y es una obra maestra de análisis y de profundidad filosófica.

Tan importante como su obra es la creación de la "Revista de Occidente", fundada el 1.º de enero de 1926 y que, periódicamente, desde entonces, ha dado a luz un volumen mensual en donde colaboran las figuras más interesantes del mundo literario universal de hoy día. La Revista de Occidente no sólo ha logrado reunir las firmas más interesantes de la época—Giraudoux, Pirandello, Girard, Conrads, Baroja, Shaw, Rainer María Rilke, Pérez de Ayala, Butler, Simmel, Scheler, etc.—sino también dado nacimiento a una esforzada generación literaria que alzó campamento junto a la tienda mayor en donde vela el avizorante Ortega y Gasset. Aquel grupo brillantísimo—Antonio Espina, Ricardo Baeza, Fernando Vela, Benjamín Jarnés, Antonio Mari-chalar, Esteban Salazar y Chape-la, Alfonso Paquet, Ramón María Tenreiro, Gerardo Diego—se ha lanzado tras las huellas de Ortega y Gasset y ha producido un verdadero renacimiento y un largo

tremor de curiosidad espiritual y artística en el alma española. La Revista de Occidente se convirtió pronto en editorial y merced a ella, bajo la acuciosa dirección del maestro, el mundo ibero-americano ha podido conocer a los pensadores, filósofos, ensayistas y más interesantes valores de la cultura germana moderna. Scheler, el conde de Keyserling, Worringer, Landsberg, Simmel, Messer, Brentano, Schwartz, Otto, Weyl, Kra-mers, Holst, Gründler, Bendixen, Graebner, Von Uexhüll y otros ilustres nombres han invadido el acervo cultural hispano-latino.

Pues bien, este polo magnético de la cultura española actual que es la "Revista de Occidente", a través de sus diversas manifestaciones—revista mensual, bibliotecas diversas, grupo intelectual—ha podido integrarse y llegar a pesar no sólo en la cultura sino también en la vida española de hoy, merced al esfuerzo vigilante, alerta y tenaz de ese fanal fulgurante que es la obra, la vida, el pensamiento y la persona del joven maestro José Ortega y Gasset.

Agregad a esta semblanza ya extensa y a la reciedumbre de la obra clara y límpida de este moderno pensador, las condiciones de un escritor poco común y de un estilista exquisito, castigado, sobrio y elegante a la vez. Ortega y Gasset posee un estilo atildado y armonioso en el cual se advierten un léxico de inusitada riqueza y una terminología tan bella, como exacta y novedosa. Esta forma impecable y gallarda, humedecida en sensibilidad y en corazón, han contribuido en gran parte a que cada una de las obras del maestro madrileño haya ejercido tan considerable influencia en algunos lectores y causado profunda impresión en todos ellos.

Algunos reprochan a Ortega y Gasset no haber levantado hasta ahora sistema filosófico alguno. Nosotros, por el contrario, estimamos que aquellos sistemas abundan en tal demasía que pocos han cristalizado en un número más o menos crecido de individualidades. ¿Por qué iba a ser un nuevo Kant este sutil disociador de ideas, este dulce químico de abstrusas ideologías, este resuelto cirujano de la mórbida hora actual? ¿Cómo exigirle una nueva explicación integral del mundo a ese "espectador" nervioso, dinámico y penetrante que es José Ortega y Gasset?

Dicémos que el joven catedrático es, tal vez, más galano, flexible y hondo al hablar que al escribir. Es posible. Esto no haría desmerecer en nada su obra y sí agregaría nuevos y más legítimos quilates al oro puro de su polifacética personalidad. Según parece, Ortega y Gasset es un conferencista secillamente extraordinario que une en sus charlas la profundidad del pensamiento a la vastedad de las materias, la sutileza del análisis a la elegancia de la forma, la extrema claridad del desarrollo, a la riqueza del léxico y la terminología. Esperamos el arribo y las conferencias del maestro con verdadera avidez y estamos seguros, conociendo su obra, de que tales augurios han de cumplirse en exceso.

MANUEL EDUARDO HUBNER

N O T A S

POLEMICA

Nuestro Redactor, Salvador Reyes, nos encarga manifestar que no continuará en su polémica con Manuel Vega sobre la literatura imaginativa y la literatura realista, en atención a que el artículo del crítico de "El Diario Ilustrado", publicado el lunes 23, demuestra que Vega no entiende nunca... cuando no le conviene.

Siga, pues, el crítico creyendo que la literatura imaginativa no vale nada, que Manuel Rojas no tiene imaginación, que "Barco Ebrío", de Reyes, es imitación de Rimbaud, que Cervantes es anti-fantástico, que sólo lo criollo puede tomarse en cuenta dentro de nuestras letras, que "Alone" es falta de generosidad, que Luis Enrique Délano es "puramente" imaginativo, que él, Vega, le ha hecho un favor a Reyes publicándole un cuento en la primera página de "El Diario Ilustrado", etc., etc.

Siga el crítico creyendo todo eso. No pierda el sueño y ojalá su sabiduría vaya creciendo a cada instante para gloria del país y de la Archi Cofradía del Perpetuo Socorro...

Todo esto lo decimos por encargo de Salvador Reyes.

EL SALON

Tenía que suceder. En este país, donde a la vuelta de cada esquina uno se topa con un crítico apagado a las estéticas del año uno, el Salón Oficial, desbordante de juventud y orientado conscientemente hacia una finalidad artística y no agrícola o entomológica, tenía que suscitar furiosas acometidas.

Es incomprendible cómo en un país como el nuestro, de tan escasa población, pueda haber tanta gente que posee la verdad definitiva y que sabe, sin lugar a dudas, que no se puede pintar sino como se pintaba hace veinte años, y que tiene certidumbre de que es imposible que nazca una estética nueva.

Esta gente cree que siempre se ha pintado como hace veinte años, ignora que los pintores de entonces lucharon contra la tontería de los críticos como luchan los de hoy, para imponer su tendencia propia.

Blandir la palabra "cubismo" como un arma contra los más destacados pintores, es algo ridículo y vergonzoso.

En la sección respectiva de esta revista, uno de nuestros redactores estudia el Salón Oficial. Nosotros enviamos nues-

tra adhesión entusiasta a Isa-mitt, Mori, Vidor, Guevara, Isaías, Aranís, Cuevas, del Pedregal y demás espíritus modernos y fuertes que honran el arte chileno.

"UN MONTON DE PAJAROS DE HUMO"

Hemos recibido este libro de Clemente Andrade Marchant, demasiado atrasado para alcanzar a nuestra sección crítica. En el próximo número, Julián Sorel se ocupará de este nuevo poeta.

JACOBO DANKE

Señalamos el canto abierto y sugerente de Jacobo Danke, que desde Valparaíso nos ha enviado hermosos trabajos, que están viendo la luz en "Letras".

Danke es un buscador de sueños y de alucinaciones desencantadas. Muy fino de expresión, muy sabio en matices, muy ágil en metáforas.

Es un poeta.

"LA CASA DE LOS HOMBRES INMORTALES"

Muy buena acogida ha tenido la iniciativa de "La Nación", de dar a luz sus folletines en forma de libro. El primero de ellos, "La

Casa de los Hombres Inmortales", se está vendiendo rápidamente. Se trata de una novela de Claude Farrere, de mucha riqueza de acción y de una trama original y cautivante, que la hace muy apta para esta clase de publicaciones, sin que por ello se resienta su calidad literaria.

LOS POETAS MUERTOS

En nuestro próximo número, correspondiente al mes de Noviembre, dedicaremos un homenaje a los poetas muertos de nuestro país, a los más jóvenes. Uniremos en este recuerdo los nombres de Juan Egaña, Romeo Murga, María Enriqueta, Gómez Rojas, Raymundo Echeverría Larrazával, etc.

COMIDA

Habíamos señalado el 20 de octubre para la segunda comida de "Letras". Las Fiestas de la Primavera nos impidieron llevarla a efecto. A ser posible, esta segunda comida se efectuará el sábado 24 de Noviembre. Lo avisaremos oportunamente por circular.

"ALSINO"

Espléndidamente presentada por Nascimento ha aparecido la segunda edición de "Alsino", el admirable libro de Pedro Prado que, sin duda, es una de las obras más definitivas de nuestra literatura.

"Alsino" reúne condiciones de estilo, un alto símbolo humano y pureza de emoción, consideraciones todas que en nuestro país Prado es uno de los pocos que puede llevar a un logro tan perfecto.

Exaltación de fantasía y de poesía, "Alsino" viene a salvar a nuestra literatura por lo general tan árida, tan sin vuelo.

JOSE SANTOS CHOCANO

Pronto estará entre nosotros José Santos Chocano, entre los poetas de América digno de ostentar el título de discípulo de Rubén, "discípulo", no imitador ramplón y hueco como la mayoría de los llamados modernistas.

Santos Chocano, aunque ha caído en los ingratos campos de la política, es un poeta y nosotros lo saludamos como uno de los valores que quedan de una generación pasada.

INTELECTUALES DE CHILE:

El desenvolvimiento de la producción cinematográfica y sus tendencias hacia la liberación absoluta de las artes ajenas, han hecho que todos los intelectuales y artistas acojan el cinematógrafo como un verdadero problema de arte, lo discutan, lo orienten por los caminos que debe seguir,

y contribuyan, en fin, a ayudar a que la pantalla dé pronto sus más valiosos frutos.

En Chile, el problema cinematográfico ha sido tratado por la "Revista Letras". Nuestros mejores escritores y artistas han señalado las tendencias que prefieren, las producciones mejor

logradas, los defectos que todavía ven en los films, y sus artistas favoritos.

Pero a este país aún no han llegado, fuera de "Amanecer", "Metrópolis", "Iván el Terrible" y otras contadas producciones, películas que presenten los últimos adelantos conseguidos. Al-

mania, que hasta hoy ha producido las mejores cintas, los mejores directores y los mejores artistas, dice la última palabra en cuanto a cine artístico y es de una película alemana, precisamente, que la Lumen Film quiere hablar hoy a los artistas e intelectuales de Chile.

La ULTIMA CARCAJADA

(El Alba y La Noche de los Hombres) es la realización cinematográfica de una historia profundamente humana, es un documento de vida, que marcha en todo momento de acuerdo con la psicología. Eso en cuanto al argumento de una simplicidad máxima, que dice poco, pero que sugiere mucho y que en ningún momento cae en lo artificioso, en lo falso.

F. W. Murnau, director de cuya personalidad sería superfluo hablar, es el "metteur" de esta cinta, filmada en Alemania, en

los talleres de la UFA. La técnica maravillosa, no alcanzada por ningún otro director, permite a Murnau presentar la exposición de un sueño de alcohol, que tiene el personaje de la obra, en que las más terribles y confusas fantasías se suceden, dando una impresión integral de fuerza, de maravilla, de arte. Escenarios contruidos según los más modernos conceptos de la estilización, hacen más interesante aún esta película.

El letrero explicativo, que quita al espectador todo el encanto

de las sugerencias y que, además, en el cine ocupa un sitio fuera de lugar, ya que es sólo literatura, en "La Última Carcajada", (El Alba y la Noche de los Hombres), ha sido en absoluto suprimido, innovación apreciable que prueba hasta qué punto de perfeccionamiento puede llegar el cine. Es ésta la primera película sin títulos que se presenta en Chile.

Asimismo, los personajes no tienen nombre, puesto que no lo necesitan; la acción, que se supone sucede en Berlín, podría

sucedir en cualquiera parte, porque — repetimos una vez más — los valores humanos de esta película son grandes y universales y no requieren un lugar determinado.

Emil Jannings, actor que basa sus trabajos en el profundo conocimiento de la psicología que tiene, interpreta el personaje central de la obra, un hombre corriente, que sufría las alternativas del dolor y la alegría; su creación es única y valoriza esta producción en forma notable.

Intelectuales de Chile:

LUMEN FILM os dedica esta película, la primera obra perfecta del Cinematógrafo, a vosotros, que, más que nadie, podréis comprender su intenso sentido artístico y humano.

En torno al discutido Salon Oficial de este año

Apenas se inauguró el Salon Oficial de este año, con una celebridad realmente significativa, empezaron a llover toda clase de pedruzcos sobre los pintores que en él exponían. Aquella lluvia de críticas que hasta llegó a tomar el tono de la invectiva, alcanzó también hasta la Escuela de Bellas Artes, hasta el fenecido Departamento de Enseñanza Artística e incluso, hasta esta época de general renovación de los valores chilenos que se atrevió también a llevar un soplo de aire hasta el "sancta sanctorum" de las bellas artes.

¿POR QUE ESTA SAÑA?

¿Por qué ha sucedido esto? ¿Por qué se ha descargado esta andanada sobre este Salon y no sobre los anteriores? Yo no creo que sea necesario ir muy lejos para encontrar la causa. Este año los artistas han hecho, libremente, el arte que querían hacer y han contado con un jurado técnico, viajado, culto, conocedor de la pintura y sus problemas. Pero, ¿estas circunstancias eran capaces de levantar tal polvareda?

INTERESES POR UNA PARTE

Indudablemente que no. Las causas verdaderas son dos: una que atañe a los intereses y otra a la mentalidad de los que se han desencantado en contra de este Salon por una parte, un grupo bastante amplio, que cuenta a su lado con la tradición, de los años y la general ignorancia de las gentes y que, ante este Salon, ha sentido, palpablemente, la desoladora evidencia que son otros los tiempos y que ya, irremediamente, no podrá volver a imponer sus añejos postulados estéticos ni en el Salon oficial, ni en la Escuela de Bellas Artes, ni en ninguna parte que no sea en el libre terreno de la obra artística: cuadro, estatua, composición decorativa. Yo comprendo y me parece muy humano este dolor que se siente cuando algo se va para no volver; sobre todo cuando ese algo es atribución para opinar, para imponer, para ordenar. Sin embargo, me parece un poco sospechoso que se haya utilizado una pseudocrítica para aniquilar un arte que se levanta, cuando habría sido más sencillo oponerle un arte de igual o siquiera parecida calidad. ¿No es el tiempo el que juzga? Entonces, ¿por qué este grupo que durante años dominó sin contrapeso en los campeonatos oficiales del arte chileno quiere ahora, rabiosamente, desalojar de un sitio ganado a costa de muchos esfuerzos a gente que, por lo menos, con iguales condiciones, ha visto más y es, sobre todo, más joven, es decir, más adelantada en el tiempo y en el espacio? Cabría preguntar: ¿por qué durante años, los artistas jóvenes, en vez de lanzarse en miserables críticas y estériles discusiones contra un arte que no les satisfacía, se dedicaron, en cambio, a hacer obra, a estudiar, a progresar, a ensanchar su horizonte artístico? Esta primera causa de tan extraña fobia contra un Salon de búsqueda y de tentativa como lo es éste, no tiene, empero, la gravedad de la segunda: la mentalidad. El que un hombre se vea reemplazado por uno más joven y más nuevo que él, es una reacción subjetiva tanto más lógica cuanto más intensa. Pero, entrando en el terreno de la mentalidad que ha circulado bajo todas y cada una de estas acerbas críticas, es necesario hacer capítulo aparte.

POSICION DE LA INTELIGENCIA ANTE EL ARTE

Nuestra inteligencia es tanto más amplia cuanto más hospitalaria; cuando más presurosa se muestra en acudir al llamado de algo nuevo, insólito, desconocido que golpea a sus puertas. Toda inteligencia de vuelo que, naturalmente, supone una mentalidad poderosa, se caracteriza, en general por una inmensa curiosidad y un agudo poder de penetración. Son típicas sus reacciones intelectuales frente a lo inusitado, en el cual entra briosamente para desmenuzar, para disociar, para descomponer aquel todo en elementos diferenciados, sujetos a definición, a relación, a sistematización.

¿Por qué cuando se presenta un artista ante nuestros ojos no tratamos de entenderlo para embestir contra él? ¿No es más lógico que no le pidamos una congruencia estricta con la estética que profesamos a los vagos principios de belleza que creíamos inmutables? Tal es, para mí, la suma gravedad que revelan estos enconados ataques en contra del Salon de 1928. Revelan una total falta de curiosidad, un poder de inercia mental, una ausencia completa de hospitalidad. Hay allí limitación, torpeza, falta de inteligencia y, lógico derivado, falta absoluta de autoridad. ¿Por qué se pretende aplastar a los pintores nuevos, queriendo encontrar en sus obras aquella inocente realidad que consiste en encontrar dentro de la tela la semejanza exacta de un cuerpo, un objeto, un panorama o algo que todos estamos viendo? ¿No se caracteriza el artista por una visión particular del mundo? ¿Cómo puede exigirsele que mire un tema determinado con los mismos ojos que un oficinista, un dependiente o un vendedor ambulante? En nombre de esa realidad y de ese mundo real se ha atacado con saña a los exponentes de este año. ¿No son, realmente, muy dudosas las bases en que levantan sus airadas invectivas toda esa buena gente perdida allá en las lindes del pasado?

NO SE HA IDO CON EL ESPIRITU ABIERTO

Yo veo que aquí, en general, no se ha querido mirar el Salon Oficial, es decir, no se ha ido a él con buena voluntad y con el espíritu abierto. Estoy convencido que muchos de los que fueron no encontraron en él lo que ellos esperaban, y se sintieron enteramente defraudados entre lo que hubieran querido ver y lo que tuvieron que ver. Naturalmente que ninguno de estos honrados comerciantes quiso poner nada de su parte, ni pretendió ensanchar su horizonte estético ni entrar en la zona de una nueva manera, ni ponerse a la vera de una voluntad artística muy diferente a la de hace algunos años.

LO QUE NO SE VIO

Estoy seguro, sin necesidad de hablar de "colores sordos" y de "cosas que repugnan a la vista por su fealdad" ni de otras lindezas por el estilo, que hubiera bastado un poco de buena voluntad, otro poco de cultura mínima y una falta de interés personal para que, en un momento dado, sin darse cuenta cómo, cualquiera viese que aquellos cuadros se iluminaban, adquirirían un sentido profundo, latían en movimientos y vibraciones y mostraban una faz insospechada de bellezas que, poco antes, con el ánimo en ristre, no había podido percibir.

LA BUENA INTENCION DE DON NATHANAEL YAÑEZ SILVA

Yo, personalmente, creo que el Salon de este año es más homogéneo, más equilibrado y de una muy superior calidad artística a todos los anteriores que me ha tocado examinar durante ocho años consecutivos. Cito este dato inofensivo por lo demás, porque parece ser un número de años muy respetable, veintidós años sin interrupción, en donde basa su autoridad crítica don Nathanael Yañez Silva. Es necesario, con referencia a este caballero, hacer hincapié que ha sido la voz autorizada de todo aquel grupo y la bocina que ha tornado en temerosas las voces confusas de toda una generación de artistas en derrota. Yo respeto mucho a don Nathanael Yañez y admiro la buena voluntad y hasta el heroísmo especial con que hace crítica de arte; pero, no creo que haber escrito "Musa Cruel" y "El Musgo" autorice para arremeter con la cabeza gacha contra toda una generación que está, fusil al brazo, en los bordes del porvenir, de ese porvenir que ya dejó atrás, hace años, el bien intencionado redactor de "El Diario Ilustrado". A mí me parece que a las críticas de don Nathanael Yañez no se les puede dar más valor que el de una simple opinión personal cuyas credenciales tienen tanto valor como las de otro cualquiera.

UN CICLO ARTISTICO COLMADO YA

¿Se ha, en realidad, detenido el arte pictórico chileno en Rebolledo Correa, Alegría y Gordon? ¿Es lícito creer que después de don Pedro Lira, Pedro Subercaseaux y Valenzuela Llanos, no se puede ir más allá? ¿Cuál es la razón que nos obligue a considerar que, por ejemplo, los señores Melossi y Mosella son superiores a lo expuesto en el Salon Oficial? Yo, personalmente, creo que Rebolledo Correa era un pintor grande de que ha dejado una obra indiscutible; creo que Arturo Gordon tiene telas que no se pueden negar; creo que Valenzuela Llanos, antes del advenimiento de esta inquieta pintura de hoy, era la más grande figura del arte pictórico chileno y sigo creyendo que, a pesar de su reconocida frialdad, no hay nadie que lo haya superado en alta y pura calidad pictórica; no me convence, por otra parte, la obra de Alegría, que en su juventud tenía todas las condiciones imaginables y que después se fué opacando cada vez más; finalmente, y para no alargarme, no me interesa en absoluto la obra de don Pedro Lira. He lanzado todas estas opiniones, enteramente personales, para demostrar con ellas que, respetando lo que ya se hizo en lo que vale, me parece aquella una generación pasada que vació todo su temperamento y que colmó un ciclo artístico. ¿Cómo, entonces, pretender que los jóvenes pintores de hoy sigan pintando como lo hacían estos grandes pintores chilenos; pero, a la postre, chilenos y nada más; es decir, de un valor nacional, circunscrito a las fronteras determinadas del país más aislado del Continente? ¿No es más lógico—ya que se les acusa de falta de originalidad—que imiten, si quieren hacerlo, a los grandes maestros de la hora actual, Cézanne, Renoir, Matisse, Van Gogh, Vlaminck Puy, Picasso, Laurencin, Utrillo, Van Dongen, Moreau? Cabría a este respecto preguntar: ¿Son más originales los señores Melossi Mosella y etc., que Isaías

Cabezón, Camilo Mori y etc.? Y ya en este plano, entrando a la calidad de las obras de unos y otros, es absurdo hacer una comparación.

¿ES PARCIAL EL SALON?

Quisiera, antes de terminar, hacer una pequeña salvedad: se ha dicho también que este Salon es abanderizado, es imparcial, es unilateral. Pregunto, entonces, yo: ¿y los anteriores? ¿no lo fueron? ¿no lo fueron siempre, sistemáticamente, durante años y años? Realmente, es extraño ver que ahora se acusa a los organizadores de este Salon de haber impedido la entrada a todos los que no pensaban como ellos, cuando, precisamente, esos "todos", o son los mismos artistas que ya están cargados de honores y consideraciones, o los rarísimos artistas jóvenes que no han sido capaces de albergar una sola inquietud dentro del alma y que seguirán significando un peso muerto en el arte nacional, como lo han significado en todos los países del mundo. Es extraña esta cusación y, si se refiere a las distinciones otorgadas, ellas corresponden a artistas — Camilo Mori, Isaías Cabezón, Pablo Vidor — que tienen ya una larga y laboriosa carrera artística y servido de estímulo a artistas — Teresa Miranda, Inés Puyó León, Ana Cortés Julian, Waldo Vila Silva, Germán Munita, Berta Molinari — que merecen todo el estímulo imaginable. Durante muchos años consecutivos los artistas chilenos que se atrevieron a mirar un poco al porvenir — los dos Ortiz de Zárate, Mori, Vargas Rozas, Enriqueta Petit, José Perotti — Lau-

reano Guevara y ese enorme pintor anglo-chileno que es Alvaro Guevara — se vieron condenados a una postergación tan matemática como significativa, pese a algunas mezquinas distinciones. Pues bien, hoy, por primera vez en la historia del arte chileno, gracias a los tiempos de energética revisión de valores en que vivimos, la situación ha cambiado por completo, y los desdichados de ayer son los triunfadores de hoy. Si agregamos que los victoriosos de ayer tienen ya años, distinciones, hasta dinero, y nada nuevo que decir, ¿cómo, pues, honradamente, impedir a los muchachos que busquen afanosamente la incógnita del porvenir?

DOS GENERACIONES EN LUCHA

Pero ya entro de lleno en el terreno de dos generaciones en lucha y como es éste un fenómeno mundial, histórico, humano y necesario, me parece mejor dejar en libertad plena a ambos beligerantes, para que demuestren, en sus obras, la calidad de sus artes respectivas. Sólo necesito dejar constancia que, al escribir estas líneas, lo hago movido por el deseo de manifestar que, así como hay toda una generación que ansiaría ahogar este arte de hoy, existe toda otra generación, más nueva, más numerosa, que aspira a levantarlo. De esta última, sin quererlo ni pretenderlo he tenido la audacia de sentirme un personaje, mientras llega el que ocupe, en propiedad, tan honroso puesto.

PEDRO LATATTA

"LETRAS"

Establecerá servicio de suscripción desde Enero

VALOR ANUAL:

En Santiago: \$ 4.80

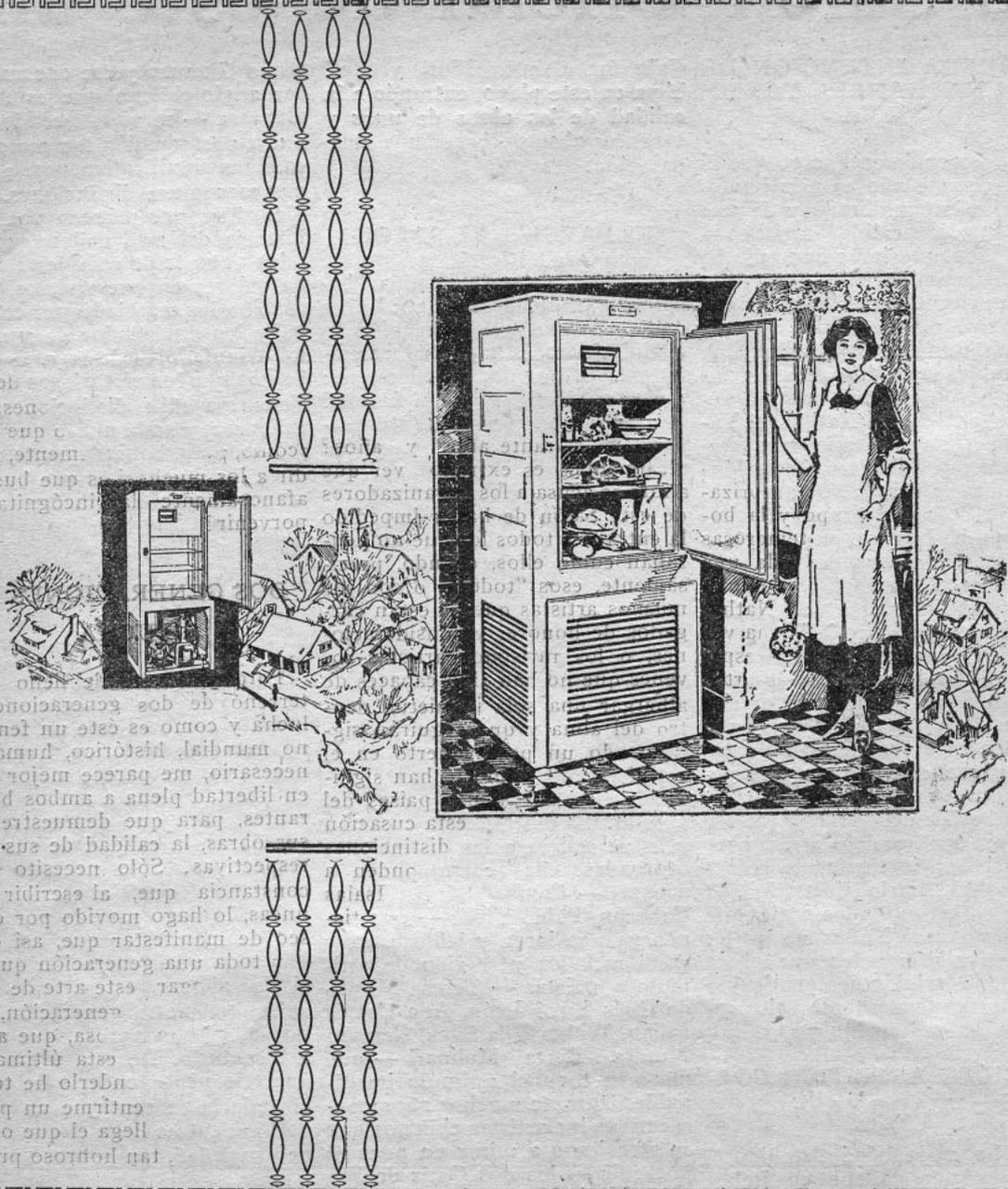
En provincias: 6.00

12 NUMEROS

SUBSCRIBASE UD. INMEDIATAMENTE

Envíe el valor en giro postal a

CASILLA 2292



Estamos en la época del año en que los calores comienzan a ejercer su acción nociva sobre los alimentos. Las carnes, leche y pescado, de inofensivas que pueden ser en otro tiempo, se convierten en dañinas y peligrosas para los hogares.

Si Ud. quiere resguardar a su familia, compre un refrigerador eléctrico, que es el único que trabaja sólo con un máximo de gasto, y se transforma instantáneamente en un guardian de la salud.

La Compañía Cinematográfica «TERRA»

Presenta siempre las mejores obras de arte

EL MARTES 13 en el SETIEMBRE de VALPARAISO

Estrena la portentosa versión del inmortal poema de RICARDO WAGNER

«Los Maestros Cantores»

Obra en que hace el papel protagonista la hermosa actriz descendiente del gran músico

Elsa Wágner

LUEGO VERA UD. EN EL

PRINCIPAL

La obra más graciosa, alegre y bella en

“SIETE MUJERES PARA UN HOMBRE”

por WILLIE FRISH Y BETTY BALFOUR

sobre próspero merimée

algunos apuntes acerca de su vida y de sus obras

por hÉctor olivera lavié

"Una coincidencia extraña— escribe León Daudet en "L'Action Française"—se place en celebrar el cincuentenario del fallecimiento de Próspero Merimée, a pocos días de la muerte de la emperatriz Eugenia, a quien estaba ligado por una fiel y constante amistad" (1920).

Esta coincidencia y la lectura del buen artículo que le consagra Daudet, me inducen a perfilar el retrato y una reseña de algunas de las obras del incondicional amigo de Stendhal: de ese Merimée tan frío, tan sutil, tan característico en sus obras y tan mesurado y cortés en la vida. Un escritor, en suma, que cultivó las letras sin perder un momento su posición aristocrática, guardando su línea, aun cuando recorría vestido, a la usanza gitana, los caminos de Sevilla y de Granada. Pocas vidas como la suya fueron tan colmadas de satisfacciones, más llenas de anhelos realizados. Vivió dentro de sus preceptos con la amplitud de un sabio y el refinamiento de un sibarita.

Nacido en París el 28 de Septiembre de 1803, hijo de un pintor muy estimado y de una mujer elegante y culta, desde pequeño vivió en disposición de percibir los signos misteriosos de la belleza. Cursó sus primeros estudios en el colegio de Enrique IV, donde no era, ciertamente, un alumno de los que suelen llamarse "precozes". Su corrección, su escritura alargada, su arte en hablar inglés, eran bastante a distinguirlo de sus compañeros. Más tarde Merimée se matricula en Derecho y comienza a estudiar con ardor, con entusiasmo. Aprende a la perfección la lengua y la literatura españolas; conocía minuciosamente el italiano, el griego, el latín, el ruso y leía el alemán; descifrando viejos documentos catalanes, hablaba caló de una manera que encantaba a los gitanos de España.

Simultáneamente alternaba sus estudios con sus visitas a los salones aristocráticos, y con el trato de las eminencias de las letras y de las artes. Fué, lo hemos dicho, gran amigo de Stendhal, quien sentía por él cariño y admiración.

Según le retrata Taine, Próspero Merimée "era un hombre alto, erguido, pálido y, prescindiendo de su sonrisa, tenía el aspecto de un inglés. Un aire frío, apartado, que hacía imposible toda familiaridad, era su característica. En visita, especialmente, su fisonomía era impenetrable. Hasta en la intimidad, de voz inflexible, invariable; ni gritos ni aspavientos".

David d'Angers lo pinta así: "Merimée habla poco, juega con un álbum, despreocupado de lo que dice, afectando las maneras de un escéptico y de un hombre gastado, pero observa los más pequeños detalles... Cierta timidez, una moderación que aparece a través del aplomo que le hace tener confianza en su mérito, forman el fondo de su carácter".

La condesa Gasparina le honra, a su vez, con esta frase exagerada: "ese terrible y diabólico Merimée"—dice.

Turguenev retrata el carácter del autor de *Colomba* en pocas líneas: "la sensibilidad era el verdadero fondo de su carácter, pero él sabía vivir siempre enmascarado".

La frialdad adquirida de Merimée, convertida a fuerza de práctica en doble naturaleza, no produjo en él automatización del sentimiento. Podría haber sucedido, no cabe duda, pero Merimée se salvó de ello. Bajo la coraza hermética, vibra y tiembla el apasionado, el romántico, el hombre para quien el mundo objetivo existe... El se cuida en descubrirse, pone su coquetería en ser impenetrable, en desconcertar, en domarse y en jugar consigo mismo como con un caballo de sangre. Pero ahí están las cartas a la *Desconocida*. Mientras el "dandy" triunfa en los salones de París y deja atónito a Stendhal, que es todo espontaneidad, una mujer anónima que vive en Londres o en el Cairo, lo obstaculiza, lo levanta, lo

deprime, lo maneja como a un títere... Una serie de cartas bien escritas, sabias y espirituales, muy llenas de perfumes, bastan para obrar el milagro. Está probado; las máquinas más complicadas son las que tienen el motor más simple. La vida es sencilla y los hombres somos también sencillos; lo demás es postizo; barniz, accesorios, plumas de avestruz...

Pero esta frialdad de Merimée tiene un antecedente simpático que conviene no olvidar. Cuenta uno de sus biógrafos que siendo muy chico Merimée—tenía diez años de edad—cometió cierta falta que fué reconvenida por sus padres, y como la advertencia paternal se le hizo delante de varias personas, la criatura, humillada, roja de vergüenza, se echó a llorar, pidiendo a gritos que se le perdonara, que no había de incurrir por otra vez en pecado alguno... Al salir del salón donde tuvo lugar la escena, oyó que sus padres reían.

Esto fué para su carácter—ya delineado—la más torturante obsesión. Desde entonces comienza el estudio y perfeccionamiento que de sí mismo emprende y procura Merimée.

Adopta una divisa, un escudo que ha de constituir más adelante su gula inseparable: "aprender a desconfiar". Es decir, aprender a reconcentrar las emociones, aunque su falta de proyección haga más doloroso el estado de espíritu; estar siempre en guardia, no entregarse a la sugestión de circunstancias, educar la sensibilidad y dominarla. Programa de alta educación que el autor de *Carmen* observa estrictamente. La vida, artera, tramoyista, no olvida de desnudar destino alguno, y al fin enfermedades, reverses y desengaños, muestran bajo la sistemática tranquilidad despreciativa del "dandy" al hombre sentimental que sabe rendirse al encanto de los crepúsculos...

En 1830 es nombrado Merimée secretario del conde de Argout y jefe del Negociado del Ministerio de Marina, y un año más tarde, Inspector de Monumentos Históricos. Este último puesto—magnífico puesto que se crea para él—arrancándole de la ciudad donde la vida de Merimée se desliza galantemente y obligándole a largos y frecuentes viajes, es el toque de clarín que anuncia el advenimiento del escritor. Y conviene insistir: Merimée no fué nunca un profesional de la pluma; escribió por mero pasatiempo, fué "un célebre amateur"—dice Gourmont—y nunca se preocupó del efecto que sus obras pudieran causar en el público.

Esta aristocracia da mucho tono simpático a su figura. No padecía las mortales impaciencias de Balzac, ni el secreto orgullo humillado de Stendhal. Escribía para proyectarse, para extender su personalidad, para "verse él mismo" y por el subido placer que esta clase de labor proporciona.

"Viajar, estudiar, observar—dice Taine—conocer los hombres y las cosas, eran su ocupación". Y lo fué, indudablemente, hasta cuando, exhausto y rendido, esperaba la muerte en su retiro de Cannes.

Del año 1835 a 1850, Merimée viajó mucho, y esos viajes, ese curioso por el mundo, documentan la esencia de sus más notables producciones. Y Merimée, atraído por el sugestivo encanto de los mares, paseó despacio por España, Inglaterra, Italia, Alemania, el Asia Menor, Grecia y Oriente.

Disfrutaba de una posición cómoda y de una renta que llegaba sola. En saber emplearla consistía su trabajo. Y, realmente, supo hacerlo siempre sin ostentaciones y con provecho.

Merimée tuvo siempre la preocupación del clima, de la raza, del suelo; constituían para él elementos primordiales. Reprochaba a los artistas puramente imaginativos la escasa curiosidad y el desprecio por el control directo y personal.

Así, dando ejemplo de exactitud y de seriedad en la labor, antes de escribir *Colomba*, vive en Córcega, codeándose con toda clase de gente, estudiando paisajes y analizando caracteres. Siente la necesidad del "documento verídico". En España se le vió muchas veces viviendo en común con los gitanos, recorriendo a pie las carreteras de Granada y Andalucía y frecuentando las posadas y los ventorros de los caminos.

"Agradábanle—dice Agustín Filón—los tipos excepcionales y las aventuras extraordinarias, los bandidos, los piratas, cuantos viven luchando con la sociedad, y la gente de sentimientos primitivos".



"Chinesse", por Dora Gordina.—París.

Como Stendhal, cavaba hondo en la verdad y escribía después de sentir.

La producción de Merimée—no muy copiosa, pero, sí, muy cuidada—descubre la mano que no se apresura, el proceso ideológico sometido a razón y a medida. El temor casi supersticioso de incurrir en pecado de ingenuidad, aparece en él. Muchas veces la frialdad del Merimée mundano envuelve al Merimée escritor.

Pero es que desterraba del estilo, intencionalmente, toda la hojarasca, todo lo accesorio. "Una palabra tiene que valerme una frase"—decía.

Simplificar, concretar, reducir, era su afán; luego, el hacerse claro y profundo.

Si consiguió lo primero, a juicio de León Daudet, estuvo lejos de lograr lo último: "Carecía de perspectivas interiores, no dejaba en el espíritu prolongación alguna".

¿Tendrá razón Daudet? Un Mateo Falcone, una *Colomba*, ¿no remueve y sacude el espíritu del lector? ¿No prolifera la emoción primera y sugiere otras nuevas y derivadas?

A juicio nuestro, sí. Esa sequedad de Merimée no es cierta más que en parte. Recordemos *Vaso Etrusco* y las primeras páginas de *Colomba* y de *Carmen*. Para sequedad, ahí tenemos a Stendhal,

su hermano espiritual, pero infinitamente más grande y más artista que Merimée. Pero Stendhal es único, un fenómeno que quizá no se produzca más en literatura. Se les ha querido comparar, unirlos, sin advertir que Stendhal era esencialmente genial y, en cambio, Merimée un artista culto y sin "exaltaciones". Esto les separa de manera definitiva.

El hombre genial siente elevarse su facultad de conocimiento a tal extremo, que la voluntad desaparece. Por exaltación imaginativa se detiene en la contemplación de la vida misma y procura percibir la idea de cada cosa, sin limitarla a sus relaciones con los demás objetos. El conocimiento intuitivo le maneja, le estremece,

rimée de una frialdad egoísta?

El mismo ha escrito lo que sus compañeros más íntimos encontraron claro: "rara vez—dice—he tenido que sacrificar a los otros en mi propio beneficio, y cuando esto me ha ocurrido, he experimentado muchos remordimientos".

Abundaron los amores en la vida de Merimée. Es decir, no el amor precisamente, si no las aventuras pasionales o caprichosas. A este propósito corre una anécdota pintoresca. Stendhal pone cerco a una mujer casada que había sido anteriormente querida de Merimée. Al saberlo, Beyle se disculpa con el amigo.—"No, no me gusta nada—repuso el autor de *Colomba*—¡lleva las medias arrugadas!"

La aventura fácil, gallante, no tuvo para Merimée el significado que para Stendhal. En esto era extraordinariamente más delicado y más sutil que el padre de *Rojo y Negro*.

Beyle erigía en verdaderos acontecimientos sentimentales las aventuras más vulgares; Merimée se porta siempre como un irónico que ha perdido prematuramente su fe en el amor.

Bien lo demuestran los varios tomos de cartas a la *Desconocida* y a *Otra desconocida*.

La publicación póstuma de esta correspondencia levantó el nombre de Merimée un poco injustamente olvidado. Y es en ella, sin duda, donde podemos sorprender las complejidades de su carácter. Aquí aparece el verdadero Merimée, el hombre sujeto a todas las debilidades de nuestra flaca compleción... Merced a esa correspondencia nos enteramos "de las muchas cosas en que cree un hombre que no cree en nada..."

Tienen por eso un interés bibliográfico, singularmente cautelante.

La espiritual "desconocida" resultó ser Fanny Dacquién. Merimée la "conoció" en el año 1840. Contaba él treinta años y ella veinte. Era inglesa. De figura esbelta, de cabellera hermosísima y de contornos firmes, impecables. Como carácter, orgullosa, un poco gazmoña y amante decidida de su libertad. Recién en las postrimerías de su segunda juventud, llega a insinuar la posibilidad de un casamiento...

Según nos dice M. Faguet, era "una bohemia elegante, continuamente en viaje, excepción de sus temporadas en París".

Extremadamente inteligente, escribía bien y con cierta ligereza. Ella fué quien aconsejó a Merimée que no publicara su *Lockis* sin arreglarlo. Poco después de sus primeras cartas y coincidiendo con la aparición de *Carmen*, Merimée se presenta candidato al sillón de la Academia, y escribe a su amiga: "Cree usted que la Academia me preocupa mucho y yo recién pienso en ella por vez primera. ¿No tengo probabilidad de salir bien? ¿No sabe usted de algún sortilegio que saque mi nombre de la urna?"

En otra carta ella responde: "¿Por qué una vez por todas no le confesará la verdad? Tengo miedo de usted... ¿Está usted contento? Sin duda su vanidad va a desplegarse ahora como un pavo real al sol..."

Habla después la *Desconocida* acerca de las tragedias de Eurípides y de las obras de Homero y Virgilio, que ha leído en su idioma original.

Merimée escribe: "Usted posee un temperamento tan refinado, que resume para mí toda una civilización"—y más tarde: "Usted se burla cuando dice de manera tan agradable que tiene miedo de mí. Bien sabe usted que soy feo, caprichoso, siempre distraído y continuamente impertinente y cruel cuando sufro... ¿Qué existe en esto que no sea tranquilizador?"

preside la calidad de sus percepciones. En Stendhal tropezamos a cada momento con estas palabras: "comprendió", "adivinó"...

Sin duda alguna, Merimée influyó mucho en la vida de Stendhal. Sin aquellas conversaciones con Merimée en casa de Cuvier, es probable que la célebre lectura del código para tomar el tono no se le hubiera ocurrido...

Cuando discutían, Stendhal hablaba como un torbellino, haciendo fulgurar el resplandor de sus opiniones paradójicas: Merimée, que era habitualmente su contrincante, respondíale mesurado y discreto, argumentando con solidez, tranquilamente.

Henri Beyle solía exclamar, en plena retirada:

"¡Basta ya!... Tú eres un gato, yo un ratón..."

A juicio de Filón, "Stendhal admiraba cándidamente a Merimée, y en reciprocidad siempre hubo un poco de Stendhal en el fondo de Merimée".

Efectivamente, fué el autor de *Rojo y Negro* quien supo inocularle entusiasmo por la música italiana, y es cierto también que ese Stendhal, que estaba siempre enamorado, hablando de la lógica y de Napoleón, hallábase admirablemente dispuesto para la melodía... Posiblemente, Beyle quería derrotar la indiferencia y el hermetismo de su amigo.

Al decir esto, se nos ocurre responder a una sospecha: ¿era Me-

En algunas de sus cartas se revela Merimée de carácter difícil, desconfiado y perfectamente discolorado. Aun en las que rebosan apasionamiento, no olvida la imperfección y el sarcasmo. Faguet afirma que el fondo de Merimée no es malo, "sino triste y amargo".

En sus últimos años de Cannes, depuesto el gesto que le había acompañado en la vida, contemplamos en su desnudez un alma tierna y un corazón ingenuo...

Al final, las cartas de la Desconocida están llenas de presentimientos crueles; es como una mano que desde lejos se agita diciéndonos jaldíos! Merimée fecha su última contestación en Cannes el 23 de Septiembre de 1870, horas antes de morir...

Felizmente, no vió arder su casa, su riquísima biblioteca, sus manuscritos, donde—dice Gautier—"podría quizá hallarse una hermana de Colomba..."

De las obras de Merimée, si bien no la más popular, es Colomba la que escuda su memoria y afirma sus grandes méritos.

Un viaje a Córcega hecho en 1840 le inspira las cien páginas de esa fuerte narración.

Merimée, que busca emoción, color, aspectos, características, advierte esa convicción sangrienta de la "venganza", que era "auto de fe" para los naturales de la isla. La explota en Colomba y regala así a las letras francesas una de las obras más intensas y vigorosas de su época.

En esta novela, de un sombrero dramático, Merimée narra con sencillez, pero con una fuerza de

emoción extraordinaria. Colomba es una mujer cuya reflexión no va muy lejos. Temeraria, feroz, su cariño hacia su hermano el militar Orso a veces se confunde con el odio inextinguible que profesa a los Barricini, hijos del matador de su padre.

Colomba sólo quiere vengarse; es una obsesión torturante, demolidora. Su orgullo está humillado; los meses y los años pasan y la venganza aun está en proyecto... Y Colomba piensa en su hermano que es valiente, que vuelve de la guerra y se ha batido en Waterloo... El vengará la afrenta hecha a la familia:—"per far la to vendetta sta sigur, vasta anche ella..."—dice un vocero del Nioio...

Pero el teniente Orso, al volver a su tierra, es ya otro hombre. Ama fervientemente al Dante y se extasia recitando sus versos. Es hombre tranquilo, ecuánime, que desea vivir sin sobresaltos y en paz con todo el mundo. Ya no recuerda que existe en su país la inexorable y fatal costumbre del "rimbecco"... Pero su hermana Colomba, la mejor "voceratrice" de Pietranera, se encarga de recordarle la sangrienta satisfacción de la "vendetta". Ella lo quiere así; toda ella, que es voluntad y carácter. Y comienza el asedio; un arco de diabólica hechicería envuelve al teniente Orso.

Colomba, suave y astutamente, le induce al crimen. Es necesario que mate a los Barricini... Su padre, que cayó bajo una puñalada alevosa, pide esa venganza. Y Orso, muerto de voluntad y enreda-

do en la malla ponzoñosa que sabe tender entre halagos y mimos la cruel Colomba, no resiste a la monstruosa conjuración y cede, dando muerte a los dos hijos de Barricini... El "corso" ha triunfado en él; Colomba ha satisfecho su feroz deseo; la "vendetta" está cumplida.

Hablar de los cuentos de Merimée, es tocar el rasgo saliente de su literatura. Uno de sus biógrafos dice con acierto: "para que la nueva era produzca algo equivalente, tendrán que aparecer Flaubert y Maupassant".

Sus primeros cuentos aparecidos en 1829 señalaron ya al maestro. Esos cuentos eran nada menos que el Mateo Falcone y el Tamango. De este último hace el elogio la Pardo Bazán, diciéndonos: "Entrad a un museo de escultura y contemplad las estatuas. Algunas, semicolosales, no causan más impresión que la física, debido a su magnitud. Un dedo pulgar enorme asusta y al mismo tiempo hace sonreír: algo tiene de caricaturesco. Llegaos después a la vitrina donde se encierran las medallas, y las estatuillas. Considerad, por ejemplo, en La Nacional un juguete helénico, un negro de bronce de una cuarta de altura. Ese negro, cuanto más miráis, más crece: llega a parecer de tamaño natural. Sin ser grande, es grandioso; no le medís ya por sus dimensiones efectivas. Pues bien; suponed que ese negro prodigio de verdad es Tamango, el héroe del cuento de Merimée.

En estas líneas está descrita la impresión que produce el cuento

más fuerte del autor de La Guzla. Y es que si en la poesía Baudelaire descubrió un nuevo escafofrío, en la prosa, indudablemente, lo halló Merimée con su Tamango y su Mateo Falcone.

Poco después, a raíz de la publicación del Teatro de Clara Gatzul "que leyó a sus amigos"—se le llamó por exageración nuevo Shakespeare; cuando aparecieron Colomba, La Venus de Ille, La toma del Reducto y Vaso Etrusco, se le saludó, esta vez con toda justicia, como al cuentista más intenso de su época.

Sin duda, llegaba a prodigios de expresión sin descubrir esfuerzo alguno. Goethe, en una de sus charlas de Weimar, con Eckermann, dijo, refiriéndose a Merimée y a Béranger: "son grandes ingenios que tienen base en sí mismos y se mantienen libres de la moda del día".

Muy diversa fué la suerte de Próspero Merimée en el teatro; le faltaba la ductibilidad necesaria para encauzar los asuntos en el cuadrado de la escena. Taine decía de él que poseía el don de la "presentación del diálogo; el arte de colocar frente a frente dos personajes y hacerlos visibles por el solo cambio de sus palabras. Conocía, como Stendhal, los caracteres y los presentaba bien". Pero esto es muy cierto aplicado a sus novelas (aun a la misma crónica de Carlos IX), no lo es con relación a sus obras de teatro. Su aristocracia ideológica no le dejó ser autor dramático. Lo poco que hizo no nos permite dudar en este punto.

Hay también en Merimée otra seducción, otra piedra que engarzar a su corona, y no precisamente sus ensayos históricos, que, según sentencia Brünnetière, restaron algo de la consideración a que se hizo acreedor Merimée. Sofí sus traducciones del ruso, el descubrimiento de Turgueneff, protegido, lanzado por Merimée en París, donde el novelista eslavo llegó a gozar de la misma popularidad que si fuera francés. Tradujo a Gogol, y era tan cuidada y escrupulosa la traducción, que hasta se cree que mejoró las obras del intenso poeta. De todas maneras, la literatura rusa tuvo en él un embajador entusiasta y digno.

He reseñado a vuela pluma la vida y parte de la obra de Próspero Merimée; este artista, noble y sincero, no quiso hacer más. Historiador, a pesar de tener la solidez y documentación necesarias, a pesar de evocar con fidelidad y propiedad diversas épocas, le faltó la soltura, el "vientecillo poético que hincha las velas del navío". Novelista, es la figura saliente, firme, de ese potente período de "transición" tan característico en la literatura francesa. Supo escoger situaciones y pasiones "bastante durables para que después de cien años sean todavía de circunstancias".

Hoy mismo, al abrir sus libros, nos hallamos con un escritor que domina su arte y con una sensibilidad exquisita y refinada.

Fué, en suma, un gran artista y un buen corazón. Lo más que se puede ser.

H. O. L.
Buenos Aires.

C i n e m a

"LA PIEDAD Y LA DULZURA SE ASOMAN AL MUNDO DESDE LOS OJOS DE CHAPLIN", DIJO WALDO FRANK

EN UNA CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL INSTITUTO LIBRE DE SEGUNDA ENSEÑANZA, EL GRAN ESCRITOR AMERICANO TRAZO UNA MAGNIFICA SEMBLANZA DE CARLITOS

Bajo el patrocinio del Instituto Libre de Segunda Enseñanza en Buenos Aires, el escritor americano Waldo Frank pronunció, el 14 de Noviembre, una conferencia sobre la personalidad artística de Charles Chaplin.

Con palabras breves, ahondadas de ese lirismo sentimental que ya nos revelara en las maravillosas páginas de "España Virgen", el joven autor de "Nuestra América" hizo la semblanza más fiel del cómico más genial de nuestro siglo.

A través de las frases de Frank, la personalidad de Chaplin cobró un relieve vigoroso que todavía no había alcanzado en "Nuestra América".

"Los ojos de Chaplin son unos ojos tristes"—dijo Waldo Frank. Desde ellos la piedad y la amargura miran al mundo. Nadie que los vea tendrá ganas de reír. Es la única parte de Chaplin que no aparece en sus películas. Durante quince años han mirado a Hollywood, ese suburbio de Los Angeles, ciudad que es a su vez un suburbio del país. Esa ciudad está poblada por gentes de la clase común americana. Hay en ella incontable dinero, encantamiento y una exacta producción mecánica del ideal para el cual el éxito es un espectáculo. Y Chaplin mira horrorizado ese mundo que ha sido por tanto tiempo su hogar.

Chaplin no quiere darse a ninguna emoción, a ninguna situación, a ninguna vida. La vida lo atrae con demasiada fuerza para permitirle. Cualquier cosa que siente debe suscitar inmediatamente la opuesta: así, al fin, Chaplin permanece intacto, inmaculado e impenetrable en sí mismo. Sin embargo, no es un recluso; frecuenta fiestas y es en ellas el alma de la reunión. Pero siempre hay en él el mismo alejarse de la vida que le rodea y del efecto que él produce. No se da ni toma en realidad. Es indiferente. Intocabilidad es el principio que mejor explica el equilibrio de las posiciones que hay en él.

Chaplin mira al mundo de hoy; ve el fracaso, su propio presente victorioso y tiene miedo de perderse en él. Posee una médula que ni es éste éxito ni aquel fracaso; un corazón en el hombre que podría danzar su propia vida con sólo que pudiera permanecer aislado. Por eso es por lo que debe huir, por lo que debe mirar a todo el mundo invasor como a un enemigo y odiarlo; porque esa civilización pitosea su corazón secreto, dispersa sus ensueños, lastima y quebranta su amor. Chaplin, que se ha esforzado por conservarlos íntegramente para sí mismo, se ha batido también por el mundo, y tras de su máscara alienta el común encanto del hombre.

La presentación física y el afeitado de Chaplin — siguió diciendo Waldo Frank — constituyen una máscara esencialmente emparentada con las máscaras griegas y con las de otros teatros clásicos.

"La culminación de esa máscara es el andar de Chaplin. Es simbólico el origen de esa marcha inmortal. En su primera juventud, Chaplin trabajaba en una "troupe" de "music-hall". Con frecuencia desempeñó un papel adocenado, hasta cierta noche. Un viejo actor secundario y de menor cuantía tenía a su cargo una parte ínfima en determinada escena callejera; tratábase de empujar lentamente un carro a través del escenario. Chaplin venía desde tiempo atrás observando esta escena, y una noche en que el actor se enfermó, su papel le fué confiado. Cruzó el escenario a su manera propia. Diez minutos le fueron necesarios; y un detalle que hasta entonces no había contado para nada se volvió una de las grandes atracciones del espectáculo".

"Chaplin había descubierto su marcha peculiar. Y ésta tenía su origen en el doloroso proceso de un anciano que empujaba un ca-

rro pesadísimo, de un anciano con pies lastimados que le dolían y dolían.

"Millones de gentes ríen hoy ante el cómic andar de Chaplin. No sospechan que la comicidad de esos pasos es una evolución del dolor. Y sin embargo, el hacer surgir la risa de la humana angustia es lo que constituye precisamente el secreto de la comicidad de Chaplin".

"En el parque y en la trinchera, en el salón y en la iglesia, este espíritu es siempre uno, impenetrable uno, y tan inflexible como un átomo contra la voluntad del mundo que transforma al hombre en soldado, ciudadano, gentilhomme o proscrito. Un hombrecito con pies enormes, una máscara. Y detrás de ella la vida penetra a hurtadillas. En la obscuridad caen banco y tienda, caballero y dama. Y en la obscuridad la vida desnuda y purificadora — termina diciendo Waldo Frank—al igual que la llama, abrasa y acaricia por un instante..."

"EL CINE HABLADO—DICE PIRANDELLO—ESTA ARRASANDO CON TODA LA OBRA REALIZADA POR LA ESCENA MUDA Y CAVANDO SU PROPIA FOSA".

Ha sido recientemente publicado por un difundido periódico italiano un interesante artículo de Luis Pirandello, con el título de "La cinematografía cava su propia tumba", donde éste estudia el momento actual de la pantalla y trata de sacar conclusiones sobre su porvenir como expresión de arte.

"El cinematógrafo mudo — dice Pirandello — llegó a ser una manifestación de vida; pero el cinematógrafo hablado está arrasando como un alud con toda la obra realizada por su antecesor, y está cavando su propia fosa".

Pirandello se explica que los norteamericanos se muestran exageradamente optimistas por el nuevo género cinematográfico y que muchos de ellos crean que lo mismo que está matando al arte mudo, no tardará en matar al arte teatral hablado o cantado; pero lo que no se explica es que haya críticos europeos que puedan tener semejantes creencias.

"El arte mudo llegó, en verdad, a ser un serio competidor del arte teatral. Sus perfeccionamientos técnicos y su difusión durante los últimos años convirtieron la pantalla en una seria amenaza para el teatro, y hubo muchos directores teatrales que adoptaron no pocos procedimientos cinematográficos para sus espectáculos escénicos, en la creencia de conjurar así dicha amenaza.

Pero ahora el "cine-parlante" está substituyendo al "cine-silencioso", es decir: está matando al peligroso rival del teatro, y éste se siente ya tranquilo, porque aquél — grosera e inartística imitación suya—jamás podrá ser su competidor. Nunca podrá pretender substituirlo, porque el público preferirá siempre oír la voz natural de los actores y no su voz mecánica. Los que creen que esta última llegará a dar la ilusión de la primera, se equivocan. La escena muda, sí, da una ilusión perfecta, pero de algo remoto y novelesco, una ilusión en cierto modo semejante a la que da la lectura de una novela.

Además, el cinematógrafo hablado pierde la internacionalidad del cinematógrafo silencioso, porque sólo estará al alcance de los espectadores que hablen el mismo idioma que los artistas. Para que una obra pueda ser "vista y escuchada", no por todos los pueblos del

mundo, como lo es la escena muda, pero a lo menos por los de los principales países, será necesario sacar versiones completas o casi completas en castellano, alemán, italiano, francés, portugués y ruso; y ello no será posible sino reproduciendo varias veces las mismas obras, sucesivamente, con artistas españoles o hispanoamericanos, alemanes o austriacos, italianos, franceses, portugueses o brasileños y rusos, porque no existen ni pueden existir artista políglotas que hablen tantos idiomas, con pronunciación perfecta, como el caso requeriría.

Un terrible infortunio ha sufrido el cinematógrafo. El público que, con el andar del tiempo, había adquirido el hábito de la escena muda y hasta manifestado cierta parcialidad de simpatía a su respecto, pone ahora de relieve—ante un espectáculo cinematográfico que habla mal, grotescamente, insoportablemente— un sentimiento de fastidio que, hasta ahora, no se había observado nunca. El silencio ha sido roto y no puede ser ya restablecido. En adelante habrá que seguir haciendo hablar a la pantalla. Pero encontrar esa voz en la literatura, sería una búsqueda fútil y constituiría una ciega persistencia en el error inicial...

La música que es susceptible, a mi juicio, de acompañar el "film", es la que cada cual comprende sin necesidad de palabras y cuya expresión visual sería la misma pantalla. En otros términos: una cinematografía sonora, mezcla de música pura y visión pura. Un espectáculo donde los dos sentidos estéticos de la vista y del oído obtendrían un solo goce, que el espectador gustaría con el alma y el corazón...

La "cinematografía" — según el nombre que propone Pirandello — sería el nuevo arte sonoro que podría substituir a la maltrecha escena muda y al artificioso "cine fonético". Vendría a ser "el lenguaje visible de la música, la cual podría así expresarse cualquiera que ella fuese: música popular o sentimental, de Bach o de Scarlatti, de Beethoven o de Chopin... desde la antigua habanera española hasta la melodía de los boteiros del Volga; desde las sinfonías Pastoral o Heroica de Beethoven, hasta los nocturnos y vals brillantes de Chopin"...

LETRAS

Revista de literatura y arte. Aparece los 25 de cada mes

Por avisos y suscripciones dirigirse a Librería Salvat

Casilla 2326 -- Redacción: Casilla 2292



thomas mann, premio nobel de 1929

El Comité Nobel decidiéndose a dar su premio literario en Alemania, no podía vacilar sino entre los dos hermanos Mann. El mayor Henrich Mann poseía un pasado de luchador, y la parte capital que ha tomado en la demolición de las fortalezas feudales de las que estaba sembrada la Alemania Bismarckiana. La ideología revolucionaria en parte inspirada por la tradición francesa que él opuso al nacionalismo de la época guillerminiana no ha contribuido poco a la caída del antiguo régimen. Henrich Mann, apóstol de un ideal de justicia social y de paz entre los pueblos, parecía haber recogido sufragios según el espíritu de la fundación Nobel.

Pero él ha desistido. Quedaba su hermano menor Thomas Mann. Defensor también de un ideal de conciliación. Su gran novela de 1924, "La Montaña Encantada" era una obra pacifista. La tentativa de encontrar un terreno de entente entre los espíritus divididos por la guerra, e hacer desear la oposición violenta entre las naciones y también entre las familias espirituales de que ellas se componían, hubiese bastado para afirmar su candidatura al Premio Nobel. Se podría objetar que durante la guerra, Thomas Mann, aunque no haya firmado el manifiesto de los intelectuales de 1915, y de ello fué acualmente, se había dejado a la defensa del demonismo germánico, esta forma de expansión vital que obedece a los impulsos del instinto y se rie de las ómicas establecidas por la civilización latina.

El mundo obraba entonces en un país donde la cultura era sinónimo de posesivo. Y como no hay cultura sin violencia, buscaba la Bismarckiana en el ejemplo de Feiler y en la disciplina prusiana que peligraba convertirse en el militarismo de Postdam. El mundo vio que sufrieron entre nosotros más de un filósofo y de un académico. El mérito de Thomas Mann fue el de haber evolucionado con tan rapidez, de haber procedido a una revolución tan radical de la ideología que era. El anhelo de conciencia profundizó lo condujo a acercarse a la política alemana; concibiéndola bajo otro ángulo que el del racionalismo y del universalismo, a la francesa, queriendo guardar las diferencias de temperamento de la tradición nacional, de recuerdos históricos, el hombre que propone, por ejemplo a sus conciudadanos, se identifica con el hombre a la francesa, racional, razonador, abstracto, con muchos puntos comunes para cooperar a una misma obra de civilización: encaminarse por vías diferentes, no hacia el ideal de 1789, que representaba una humanidad sin fronteras, sino hacia un nuevo humanismo, muy inspirado en Goethe, en el que se operaba como una síntesis del Norte y del Mediodía, virtudes germánicas y virtudes latinas, y donde lo que se llama romanticismo no sería sino un clasicismo a punto de elaborarse, así como el patriotismo no aparecería más que como la forma local de una religión humana en formación.



"San Francisco", Linoleum de Alvia Alvia.

Es preciso decir que sus antecedentes predisponían a Thomas Mann a esta conclusión. Nacido en 1875, en Lubeck, había crecido en el ambiente de las ciudades hanseáticas, ciudades libres que desde la edad media habían aprendido a gobernarse por sí mismas. El sentido de la autonomía política que faltaba a los alemanes del Imperio, lo tenían los hanseáticos desde su nacimiento. El abuelo y el padre de Mann tenían un asiento en el Senado de Lubeck. Ni aristócratas ni demócratas, eran simplemente de esa gran burguesía liberal que no ha dejado de desempeñar su rol en la Historia si ella guarda su libertad de puntos de vista al mismo tiempo que su calidad burguesa. A la manera de Inglaterra ella puede prevenir las revoluciones guiando la evolución, no solamente según la fórmula: "Te give way to a certain extent", no solamente aflojando la cuerda allí donde ha llegado a ser necesaria, sino tomando la iniciativa de las reformas. Ya no es tiempo de que se repitan los episodios de 1843 que Thomas Mann relata en la novela de los Buddenbrooks: la muchedumbre sitiaba el Senado de Lubeck: Tomás Buddenbrooks quiere llevar a su casa a su padre, el viejo cónsul. Uno de sus obreros le corta el camino.

—¿Qué queréis vosotros con esta asonada?
—Señor Cónsul, nosotros queremos la República.

—Pero si tenéis ya una República en Lubeck.

—Y bien, nos hace falta una segunda.

—Anda a buscar la calesa de tu patrón!

—A vuestras órdenes señor Cónsul!— Y el revolucionario parte, con el sombrero en la mano a buscar al cochero.

Bonhomía que no se encuentra solamente en las costumbres alemanas de entonces. Está también en el carácter de Thomas Mann, y que ha contribuido a su éxito. Este artista dividido como Barrés, a quien hay que acercarlo, entre el instinto de conservación que glorifica el pasado y la acción creadora que rompe con él, ha terminado al contrario de Barrés, por inclinar la balanza en favor de las fuerzas nuevas. Mientras que su juventud se pasaba en defenderse del demonio de la anarquía y su "Tonio Kroger" sólo hallaba la salud exaltando el orden establecido, Thomas Mann, envejeciendo, se ha mostrado cada vez más juvenil. Y es bastante paradójico que defiriendo de Barrés, Thomas Mann haya resuelto los conflictos que lo descuartizaban con un don de ironía, al menos con un humour que corre como una vena a través de sus obras. Nada más agradable que las novelas, cuya lectura lleva una semisonrisa, la sonrisa de aquel que no está desengañado, de aquel cuya concepción grave, trágica de la vida, de la muerte, no impide guardar un optimismo comunicativo, ya que sabe precisamente que la vida y la muerte tienen profundos recursos.

Se ha dicho que Thomas Mann es uno de esos niños mimados de la fortuna a quien todo le sale bien. En el hecho, nadie como el autor de "La Muerte en Venecia", donde él se pinta bajo los rasgos de Axhenbach, habrá llevado una existencia más violenta, más dedicada a la labor, al esfuerzo austero, a la resolución de problemas que nos interesan porque son los de todos los días y los de cada uno. No existe un espíritu bien nacido en quien una página de Thomas Mann no despierte resonancias. El encanto que él ejerce es de esencia grave, el de un hombre buscado por él mismo y ayudando en torno de él a encontrar lo que da a la existencia una gracia y una dignidad.

Desconfiemos de la etiqueta: novelista de la burguesía alemana, Thomas Mann no es un escritor social, no tiene como su hermano esos anchos cuadros de costumbres, (Tema, los Pobres), en los que revive la sociedad de una época. Su novela de los Buddenbrooks, de la que hay que sentir que no haya aparecido la traducción, es sólo una novela de patricios muy diferentes del burgués "parvenu" después de 1870. Las figuras de hombres nuevos que allí aparecen incidentalmente están tratadas con un desprecio indulgente. El héroe es el autor mismo con toda su ascendencia en el curso del siglo XIX. El problema es el de la decadencia de la antigua burguesía en la que el heredero se pregunta si verdaderamente ella se muere, si su aparente disgregación no es la condición de un renovamiento del cual quiere analizar el proceso. La cuestión está a la orden del día en Francia: Thomas Mann, aporta con y sin M. Berl, elementos de respuesta en sus novelas sucesivas: "Tonio Kroger", "Tristán", "La Muerte en Ve-

nevia", "Félix Krull", "Desorden" todos traducidos al francés. Bajo diversos nombres la personalidad del autor reaparece. Inclinado hacia el orden hereditario en "Tonio Kroger", defendiéndose en "Tristán", de la inquietud arrojada en el alma por la música y en particular por la música wagneriana, en "La Muerte en Venecia", comienza a aceptar la idea de desorden a favor de la que se renuevan las fuerzas profundas del individuo; su camino lo conduce de Barrés a Gide. En "Desorden", en fin, da una especie de bendición a los jóvenes, a los hijos pródigos que aventureramente vuelven la espalda a la casa paterna. Y en "Zauberberg" se hace guía, iniciador de una nueva vida espiritual; el héroe simbólico es la Europa enferma, pálida de la sangre que ha arrojado, tratando en un sanatorio de los Alpes, de encontrar la salud, la salud intelectual y moral amenazada por una crisis de la que hay que hacer una crisis de renovación.

Thomas Mann no se ha detenido, desde luego, en la teoría. Como su hermano Heinrich, ha venido a París, en cuyos centros literarios y mundanos fué acogido hace cuatro años con una curiosidad que se convirtió pronto en simpatía. "Les Nouvelles Littéraires" y la mayoría de las revistas han publicado en el curso de los últimos años, estudios que han hecho su figura familiar. Poco o mucho todo francés cultivado ha leído a Thomas Mann. El discernimiento del Premio Nobel ayudará a difundir una obra que merece algo más que el interés de los snobs o la consideración de la élite. Puede hacerse popular en el mejor sentido de la palabra.

FELIX BERTAUX

canción de primavera

(Traducción especial para "Letras").

En la primavera, cuando soplaban los vientos y los campesinos labraban los campos,
Me ha venido la idea de ser alegre a causa de mi brutalidad.
He seguido una calle y atravesado un puente.
He pasado por muchas calles y sobre muchos puentes.
He golpeado con mis puños a los hombres y a las mujeres y mis manos han sangrado.
Bajo un puente he descendido y he quedado temblando de alegría al borde de la ribera.
Porque era la primavera y el sol pasaba como una caricia por los arcos del puente.
He tratado de comprenderme.
Del limo del borde del agua he amasado un dios,
Un pequeño dios grotesco de rostro torcido,
Un dios para mí y mis hombres.
Ahora ve tu, hermano, cómo aquello se hizo.
Yo era un hombre con ropas hechas por un sastre judío.
Ropas artísticamente confeccionadas hechas para un MX.
Yo llevaba un cuello blanco y alguien me había dado un alfiler de corbata para ponerla en mi garganta.
Esto me divertía y me molestaba.
Nadie sabía que yo me había arrodillado en el barro bajo el puente.
En Chicago, la gran ciudad.
Yo cuchicheo mi secreto, lo veis.
Quiero que creáis en mi insanidad y comprendáis mi amor de Dios.
Esto es lo que quiero.
Y además ved, era la primavera.
Y el sol pasaba como una caricia por los arcos del puente.
Hacia mucho tiempo que estaba sólo en un sitio al que ningún dios venía.
Arrastraos los hombres para venir a besar el rostro torcido de mi dios [de barro].
Yo no os golpearé con mis puños que sangran.
Yo mismo soy un dios torcido.
Es la primavera y me ha venido el amor.
El amor ha venido a mí y a mis hombres.

sherwood anderson

c a r t a - o c e a n o

I

Hombre del mundo,
ancló en mis ojos la tristeza,
tardes de las tardes, en la tarde de América.

Soledad de la infancia
ardida al fondo amarillo de los pueblos.
En aquel tiempo morían mis parientes.
Eran negras las persianas que atraían el día
y opaca la voz de mi madre recordando las cosas.

Yo era el poeta vestido de niño,
en el año triste en que los niños rompen las flores
Ningún hombre me dijo nunca que debía cantar.
Corría la luna por detrás de las nubes.
El sol quemaba los frutos y el lomo de los cerros.
Mis manos buscaban luciérnagas.
en la sombría humedad del invierno.

Primera canción de las palabras torpes,
simple como el agua, yo no sabía jugar.
Miedoso de la lluvia, orador silencioso,
hallé mi primer amigo al fondo de un espejo.

Una mano invisible apagaba los veranos.
Ellos, los hombres tímidos, elegancia del pueblo,
esperaban la novia a la puerta de la iglesia.
Todo cayó de golpe.
Varió el nombre de los periódicos.
Alguien decía que había nuevos edificios.
Aprendió mi memoria el curso de los trenes
y supe que las viejas mujeres de mi país
guardaban sus monedas en la esquina de un pañuelo.

Todo cayó de golpe. Comenzaba la edad doliente.
En el viento múltiple.
en el viento que pierde la voz de los naufragos,
esparcí la hoguera rosada de los sueños.
Ahora, junto al Elba y es en Hamburgo,
animo en las palabras el collar de mis años.
Otoño del norte. Anclados en la bruma
son los edificios negros barcos sonámbulos.

¡Distante tierra mía, país de bosques en incendio!
En la noche extranjera que retiene mis pasos,
hombre del jersey, tiendo hacia ti las manos.

En aquel tiempo morían mis parientes.
Infancia de luto a la sombra de las lilas.
Jugaba mi hermana a la luz de las lámparas.
Siempre, estaba a mi espalda
el retrato del padre asesinado.
Había un cerro, me acuerdo, sosteniendo una cruz.
Aparecía el mes de mayo y hombres de rostro pintado
bailaban en torno castigando la tierra.
Un río cortaba el pueblo. Traía cada mañana
el cadáver de una doncella.
Infancia triste rayada de oraciones.
En la noche el galope de los caballos
amedrentaba mi sueño y el sol tardaba en llegar.
Hubo una vez un circo.
Una mujer verde se balancea en mi memoria
colgada de un trapecio.
Admiré los peces dorados en el agua de plata.
Lloraban los campanarios al caer de las tardes.
Hay un volantín dormido en el cielo de mi infancia.

III

Adolescencia acodada al marco de las ventanas,
comenzó por entonces la canción que hoy continúo.
Era la vieja historia del arco iris y la palabra amor.
Vi cruzar sin asombro el primer aeroplano
y subí sobre mi casa para tomarlo en las manos.
Era la edad doliente del deseo y la espera.
Vestido de negro acompañé el primer funeral.
Entonces vieron mis ojos el retrato de los héroes
adornando la vidriera de todas las farmacias.
La casa se llenó de convidados.
Escribí la primera carta.
Me llevaron hasta un puerto para mostrarme el mar

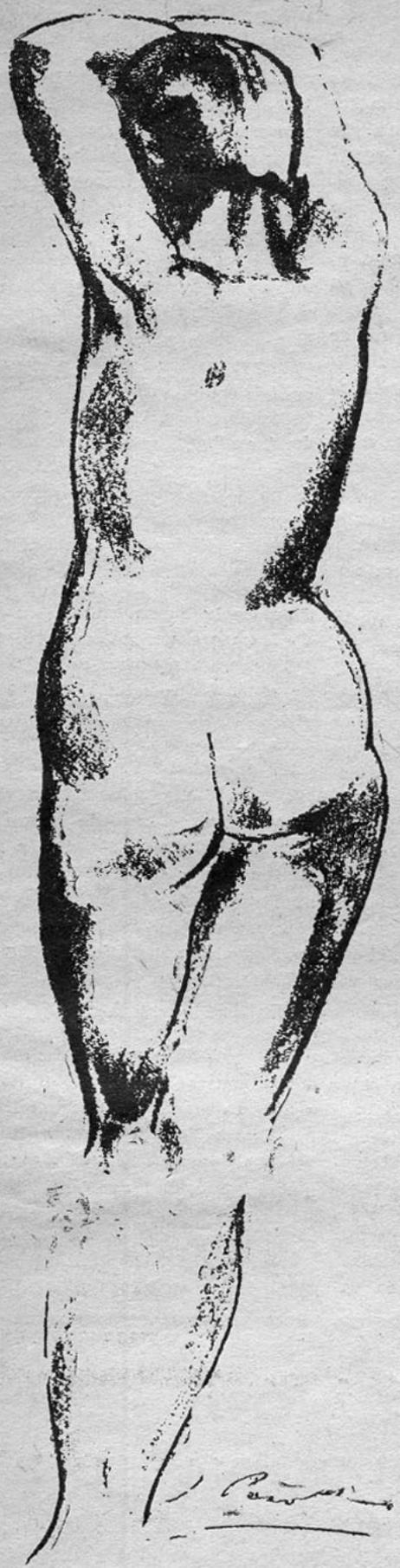
IV

Alumno sin talento, desgracia de las madres,
caían a mis pies pájaros de papel marchito.
Era la fuga del tiempo y yo tenía quince años.
Fuí el adolescente de los cinematógrafos;
lector incansable de las novelas tristes.
Decía a menudo: "cansado... quiero irme..."
Guardaba en mi cartera el retrato de una niña.
Digo todo esto como si estuviera
sentado a mi mesa con un naipe en las manos.
Soy el mismo y entre tu sonrisa
y la sonrisa de aquella levanto mis años.

Perdido, sediento, insatisfecho.
Extranjero enamorado de las cosas y su canto.

a l b e r t o r o j a s g i m e n e

1 9 2 5



a u g u r i c

Si el eco del crimen que acaba de huir con sus pies de relámpago, no guardara un parecido físico con este pensamiento que habita cerca de la posible negrura o del posible resplandor que me envuelve, no podría ser identificado en una de esas estaciones de policía que monta el alba o el perfume del anillo roto de la noche. Y es que esta flor de sangre tiembla hacia la izquierda del mundo y su labio no deja tampoco de guardar una oculta relación con el pozo de pálidos bordes, refugio de un alcohol de muerte. Es al más profundo secreto que pertenece esta desviación paralela de un crimen que indudablemente se ha cometido en alguna parte y el reflejo de mínima presencia de un pensamiento en que el misterio sacude su antigua coraza de peces. Aunque, y va de coincidencias, no es probable que la flor resplandor de mi cabeza exista ahora mismo en parte alguna, tampoco es probable que ella deje de cruzar la atmósfera sostenida en el débil relámpago de su propio delirio. Porque esta noche el delirio lleva el nombre de Eva, por ejemplo. Y es hacia Eva que no van las pisadas de esto que veo como una hoja, como una sota de espadas, como un soplo mágico o un rayo mágico un poco descalzo al pie de un árbol o caído definitivamente en el precipicio de mi vida. Y es hacia esta larga serie de fantasmas que tampoco va esto que perdura sin un reflejo en el vacío. Pero, no es propio acudir al más arbitrario de los éxtasis, a la más desviada de las fugas, a la desviación total hacia el lado menos frecuentado del destino. En estos casos, como en otros del mismo modo circunstanciales, no procedo sino a alcanzar una vislumbre, un soplo, el reflejo más mínimo que es, sin duda, como decir: algo va a través de la atmósfera. A pesar del riguroso sentido de misterio que derrama el color no siempre errante del cielo, puedo distinguir qué angustia lleva hacia lo impenetrable, qué signo escribe el viento sobre el agua, qué melodía sacude su nieve en el sueño. Es que algo en mí se anticipa. De este modo proclamo como la más cierta realidad lo que se prolonga anticipándose, lo que crece paralelamente a lo nunca esperado. Es decir, esa corriente maravillosa y descalza que existe entre la flor que abre su boca roja o blanca hacia el espacio y el avión que en esos mismos instantes se precipita deshojado al mar. De todos modos, pienso que en el vacío y a muy escasa altura de mi cabeza algo sacude pequeñas plumas, pequeños corales, pequeñas corolas, que no pertenecen ni a la noche ni al centinela que aparenta detener al tiempo con su fusil nocturno. Porque, corriéndome un poco hacia la derecha donde desemboca el frío o hacia la izquierda por donde vendrán las albas, no veo sino un vasto rumor incontinente y un color desbocado en órganos. Es, sin duda, de una situación de pájaros azules nunca descubiertos, de navíos en marcha o de bellas bocas muertas, que se aproxima este secreto parecido a lo que no se ha visto o a lo que nunca se ha llevado como un pensamiento de antigua escritura, como una joya de ácido brillo o como la mano cortada de un fantasma. Es, ciertamente, de esta zona que viene lo que viene. Y es en este clima que no puedo dejar de recordar a los que ya nada o bien poco pueden o deben esperar del buen señor de la psiquiatría. Es en este clima de ángeles o de ani-

males espantados que me acuerdo de vosotros, tan sabiamente encadenados entre el país más bello, entre la única realidad indiscutible y de no estatura. A vosotros pertenece el nido que se anticipa, el pie que camina, el ojo que, vuelto del revés, logra sostener las más altas rres que de bellas peligran derrarse. De vosotros es el destino montaña ni océano, sin policía y precipicio, sin la extraña noción las cosas y sin el no menos exacto sentido. Y si no es de vosotros, la flor roja o blanca que no se inclina hacia ningún borde y que simboliza la llegada o, simplemente, el paso de lo que no se alcanza, quiere decir que esta noche mi voz no vive sino entre los muertos. En el arte, como en el destino hay algo que no se ve.

verano, orillas del Rhin

por a. r. g.

El viajero duerme todavía y hace ya mucho tiempo que los relojes del pueblo han cantado la décima hora de la mañana.

Ilse ha abierto las vidrieras y el dorado sol de mayo llena la alcoba con su tibia alegría. En puntillas Ylse se aproxima a la vera del lecho. Sus grandes ojos celestes observan con candorosa curiosidad al hombre que duerme.

Sus manos se adelantan y acarician con timidez la negra y revuelta cabellera del dormilón. Ylse, clara y menuda personita de siete años, no concibe la constancia de un sueño como el que aún mantiene cerrados los párpados del viajero.

Ahora cruza los brazos sobre el pecho y sonríe:

—“Schonehare”, murmura, “Schonehare”... Una campana distante marca la media. Otra le responde... Y luego otra y otra... ¡Las diez y media y todavía dormido! Impacientada del todo. Ylse zarandea entre sus manos de niña la cabeza del hombre y grita en sus oídos dos, tres veces:

—“¡Aufstehen! ¡Aufstehen! ¡Aufstehen!”

Y escapa a todo correr.

A esta invitación del todo categórica el hombre abre los ojos en sobresalto y se yergue sobre los almohadones.

Por la puerta entreabierta la niña lo espía y repite aún, antes de alejarse:

—“¡Aufstehen! ¡Aufstehen!”

El viajero sonríe, se desespera y encendiendo un cigarrillo piensa con melancólica resignación en que ha de levantarse.

Acodado a esta ventana, fatigado aún del largo viaje, contemplo el caserío multicolor, los árboles floridos, las montañas de sueño y el río distante.

Frente a mí, un cementerio en abandono cercado de cipreses que ondea el viento, se extiende y es en su silencioso retiro como un estanque en calma. Lejos, detrás del horizonte, más allá del día y de la noche, ha quedado París, la ciudad de la niebla, el país de encantamiento que abrasó mi corazón y que al dejarla prendió en mis pupilas e inyectó en mis arterias su memoria inapartable.

Viajan mis ojos a través de las callejuelas de este pequeño pueblecito de muñecas, escalan mis ojos los rojos techos puntiagudos; cruzan la cinta blanca de los senderos que llevan a los bosques; vigilan la ronda alegre de estos rubios niños que cantan a la sombra de los manzanos en flor, y la áspera música de las palabras que suben hasta mis oídos y que me son tan extranjerías, enciende en mi alma las primeras lámparas de una nueva nostalgia.

Amador de la tierra y de los lugares de la tierra, enamorado vagabundo, a cada alto del camino animo en el recuerdo imágenes que el tiempo y las distancias se empeñan en amarillar y desvanecer.

Fué a bordo de un barco que trabé conocimiento con este viejo y abnegado baúl que ahora me acompaña.

Sae Dangelowitch, su dueño anterior, era un polaco de corazón abierto y generoso. Durante los nueve días que durara aquella travesía, fui-

mos. Sae y yo, inseparables amigos. Juntos fumábamos nuestras pipas de la mañana y el atardecer y juntos, en las horas retrasadas, distraíamos nuestro aburrimiento en interminables paseos de popa a proa y de babor a estribor. Por las noches, echados sobre rollos de cordeles, hablábamos espaciadamente, fumábamos aún o cantábamos a media voz la canción de los compañeros alegres.

Por toda riqueza Sae Dangelowitch poseía un baúl vacío y una balalaika. Mi fortuna no excedía a la su-

ya. Bajo el jergón de mi litera dormía un cuaderno que el transcurso del tiempo iba llenando de renglones cortos en los que nombres de tierras y mujeres diferentes iban formando un collar melancólico e inútil.

El “Peer Gynt” amaneció un día frente al puerto en que Sae habría de quedarse.

Antes de cambiar el beso de las separaciones, Sae me hizo obsequio de su hacienda.

—“Quiero darte mi baúl y mi ba-

lalaika, me dijo. Yo sé que tus ojos van depositando amor sobre las cosas que te rodean. Recoge las que puedas y llévalas contigo. Caminarás menos solo. Quiero darte también mi balalaika por que tu has aprendido ya a arrancarle melodías de mucha tristeza. Yo me quedo en este país de hombres negros. Cuando estés solo y lejos, cuando tu alma esté sombría, canta esa canción en que aparece el nombre de tu tierra y de tu madre. Siempre tus manos y tus miradas se encontrarán con el mío que

yo he grabado bajo las tres cuerdas para que no me olvides”.

Desde entonces, cuantas cosas, cuantos objetos han ido amontonándose al fondo de mi baúl para reanimar con su silenciosa presencia horas en que, bajo tantos cielos y en tantos climas, floreció mi anhelo en un beso, una lágrima o una sonrisa.

En esta mañana jubilosa del mes de mayo, bajo este cielo encendido de la Alemania del sur, siento el deseo, ya realizado otras veces, de aligerar mi carga de recuerdos.

Hay cartas venidas de muy lejos y que han quedado sin respuesta; fotografías de ciudades cuya visión se ha perdido en mi memoria o retratos de hombres y mujeres cuyos nombres he casi olvidado.

Entonces tomo en mis hombros el baúl, desciendo las escaleras, atravieso la calle y me interno en el cementerio. ¿Qué lugar más a propósito para desprenderse de algo que materializa las alegrías y las tristezas de los días desvanecidos?

Y es a la sombra de estos añosos cipreses que velan el sueño de muertos innumerables, que instaló mi pequeña feria melancólica. Y son niños los que, atraídos por mi aspecto extranjero y un tanto inusitado, empiezan a rodearme. Y es a los niños, e las manos de estos rubios niños de ojos claros abiertos al asombro, que voy abandonando todas estas cosas cuya compañía ya me es inútil.

En la alegría que les trae esta Navidad inesperada, las cabecitas se inclinan, los brazos se alargan y revuelven en el baúl y cada uno va escapando con el objeto que ha elegido su anhelo.

Allí está Georg, cuyos ojos semicerrados revelan al marino que va creciendo en su alma, contemplando con júbilo el regalo que mi capricho le destina. Es la botella cuyo interior aprisiona un pequeño barco de tres palos. Ex-voto que fabricara quien sabe qué marinero de qué país y que traje conmigo en recuerdo de una taberna de Marsella. Lenchen y Mariale, dos diminutas sobrinitas que la suerte me ha deparado al llegar a esta tierra, han preferido “El poeta y su compañera”, dos muñecos que me regalara en París una modelo y que permanecieron mucho tiempo abrazados sobre mi mesa, en mi cuarto de la rue Vavin.

Gottfried ha querido este sombrero puntiagudo de fibras de coco, comprado en un puerto ardiente de Panamá. Hilde estos zapatones de madera, recuerdo de Bretagne. Paul, la cigarrera pintada y dedicada por la princesa de Borbón en un café de Montparnasse. Y por fin Ylse, la más hermosa y la más pequeña de estas mujercitas de oro aprieta entre sus manos una cartulina. Es la fotografía de un hombre negro que aparece recostado al lado de una piragua. Tiene una dedicatoria: “Para Rosa Jiménez, en recuerdo de mi cacería de caimanes. Ricel Sánchez”

Amigo pintor, compañero lejano, he aquí cómo un retrato tuyo que recuerda una de tus aventuras más bravas; he aquí cómo este menudo cartón que te representa y que atravesó el mar y que estuvo apovado sobre muchas chimeneas en innumerables cuartos de hotel, engendra en esta hora el regocijo de la niña que interrumpió el primer sueño de mis ojos bajo el cielo alemán.

Orillas del Rhin, 1925.



“Martirio Marino”, Linoleum de Aníbal Alvial.

Compañía Estañífera “Cantumarca”

POTOSI — BOLIVIA — SOCIEDAD ANONIMA DE INDUSTRIA MINERA

Capital: £ 138,000, dividido en 520,000 acciones de 5 chelines cada una — Sede Social: Santiago de Chile

PROPIEDADES: 183 hectáreas yacimientos de veneros, arenas y relaves, con ley común de 3,7%, de fácil e inmediato aprovechamiento industrial bajo costo de producción, por tener sus minerales preparados para su beneficio, a 4 kilómetros de la ciudad de Potosí y con línea del Ferrocarril a Antofagasta a lo largo de sus propiedades.

INGENIEROS INFORMANTES: Geólogo Walter Streche, Carlos Fritzche, Julio Domínguez y Jorge Estevenson, de las minas Naltagua.—**DIRECTORIOS y GERENCIAS:** En Santiago y Bolivia.—**DIRECTOR TECNICO DE LA COMPAÑIA:** Ingos. Americano señor Walter Streche.—**DATOS, ANTECEDENTES y PROSPECTOS:** Solicítense a la Oficina 305, Bolsa de Comercio, 4.º Piso.

Gerente en Santiago: CESAR NAVARRETE CONCHA.

energética literaria

POESIA

¿Tiene la literatura una función en el Estado, en el agregado humano, en la res pública, (que debe significar la pública conveniencia, no obstante el lado de la burocracia y el execrable gusto del populacho al elegir gobernantes)? La tiene.

Y esta función no consiste en coaccionar o en persuadir emocionalmente al pueblo, obligándole, por la intimidación o la supresión, a que acepte un juego o seis juegos determinados de opiniones opuestas a otra opinión, o a otra media docena de ellas.

Esa función tiene que ver con la claridad y vigor "de todo y de cualquier" pensamiento y opinión. Tiene que ver con el mantenimiento de la limpieza misma de las herramientas, con la salud de la sustancia misma del pensamiento. Salvo en los raros y limitados casos de invehcción en las artes plásticas, o en las matemáticas, el individuo no puede pensar y comunicar su pensamiento, el gobernante y el legislador no pueden actuar de un modo efectivo o dictar sus leyes, sin palabras, y la solidez y validez de estas palabras está al cuidado de los maldecidos y despreciados literatos. Cuando su labor se pudre — y con esto no quiero decir cuando expresen pensamientos indecorosos; sino cuando su medium propio, la esencia misma de su trabajo, la aplicación de la palabra a la cosa, se pudre: i. e., deviene borrosa e inexacta, o excesiva e inflada la entera maquinaria del pensamiento y del orden social e individual se deteriora. Esta es una lección de la historia — una lección ni aún a medias aprendida. Sobre Homero se fundó una civilización — una civilización, no un mero imperio vano. El dominio

macedónico surgió y creció después de los sofistas. Y también se desvaneció.

No es solamente cuestión de retórica, de expresión holgada, sino del empleo laxo de palabras individuales. Lo que el Renacimiento ganó en examen directo de los fenómenos naturales, lo perdió en parte al perder el sentimiento y la apatencia de términos descriptivos exactos. Quiero decir que la mente medioeval apenas tenía que manejar más que palabras, y fué más cuidadosa en sus definiciones y verbaje. No definía un cañón en términos que igual definirían una explosión, ni las explosiones en términos que pudieran definir gatillos.

Mal citando a Confucio, pudiera decirse: No importa que el autor desee el bien de la raza o que actúe meramente por vanidad personal. La cosa es mecánica en su acción. En la proporción en que su trabajo es exacto, esto es, fiel a la conciencia humana y a la naturaleza del hombre, según es de exacto en la formulación del deseo, así es de duradero y de "útil". Quiero decir que mantiene la precisión y la claridad del pensamiento, no meramente para algunos deleitantes y "amantes de la literatura", sino que mantiene la salud del pensamiento fuera de los círculos literarios y en la existencia no literaria, en la vida general del individuo y de la comunidad.

O "dans ce genre on n'émeut que par la clarté". Se "mueve" al lector sólo por la claridad. Al describir los movimientos del "corazón humano", la durabilidad de lo que se escribe depende de la exactitud. Sólo la cosa que es cierta y que se mantiene cierta se conserva también fresca para el lector nuevo.

Manifestación



Con motivo de la reciente estada de nuestro redactor Salvador

Reyes en Valparaíso, se le ofreció allí una simpática manifestación, que reunió a los valores literatos y artísticos más destacados del vecino puerto. La manifestación consistió en una comida en la cual se brindó por la prosperidad de "Gong", revista literaria porteña, y de "Letras". Asistieron las siguientes personas: Salvador Reyes, Aníbal Alvial, Mario Bonat, Jacobo Danke, Oreste Plath, Lautaro Alvial, Rolando Zúñiga, Mario Beadtke, Demetrio Alvial y Enrique Canouet. Damos una fotografía de una parte de la mesa.

Es tan importante para el fin del pensar el mantener el lenguaje idóneo como lo pueda ser en cirugía preservar las gasas de los bacilos del tétano.

Al iniciar a una persona en la literatura, será bueno hacerle examinar obras en que el lenguaje esté eficazmente usado; idear un sistema para ponerse en contacto directo y expedito con tales obras, pese a las cortinas de humo erigidas por críticos semisapientes y semipensantes. Ponerse en contacto con ellas, a despecho de la masa de materia muerta que esa gente ha amontonado y conservado en torno suyo en la proporción de un barril de aseverar para cada medio racimo de uvas.

Gran literatura es sencillamente lenguaje cargado de significación hasta el último grado posible. Cuando nos damos a examinar esto, encontramos que esa carga ha sido lograda por varias especies de gente claramente definibles y por una periferia de especies menos determinadas.

A. Los inventores, que han descubierto un procedimiento particular o más de un modo y procedimiento. Algunas veces, esta gente es conocida, o descubrible; por ejemplo, sabemos, con razonable certidumbre, que Arnaut Daniel introdujo ciertos métodos de rimar, y sabemos que una cierta finura de percepción apareció primero en tal o cual trovador, o en Guido Cavalcanti. No sabemos, ni

es probable que lleguemos a saber nada definido acerca de los precursores de Homero.

B. Los maestros. Esta es una clase muy exigua, y son muy pocos los verdaderos. El término se aplica propiamente a los inventores que, aparte su propia invención, tienen la aptitud de asimilar y coordinar un gran número de invenciones previas. Quiero decir que, o comienzan con un núcleo propio y acumulan acreencias, o digieren una vasta cantidad de asuntos, aplican ciertos modos conocidos de expresión y logran comunicarle al todo una calidad o carácter especial que le es propio, trayéndolo a un estado de homogenea plenitud.

C. Los diluidores, aquellos que siguen o a los inventores a los "grandes escritores" y que producen algo de menor intensidad, alguna variante más lacia, alguna difusión y turgencia en la huella de lo valedero.

D. (Y esta clase produce la gran masa de todo escribir). Los hombres que rinden obra más o menos buena en el estilo más o menos bueno de un período cualquiera. De tales están llenas las deliciosas antologías, los cancioneros. Elegir entre ellos es cuestión de gusto, pues una prefiere Wvatt a Donne, Donne a Herrick, Drummond de Hawthornden a Browne, respondiendo a alguna simpatía puramente personal. Esta gente no hace sino añadir algún lige-

ro sabor personal, alguna variante menor de modo, sin afectar el curso principal de la narración. Cuando más débiles, "ils n'existent pas, leur ambiance leur confert une existence". Cuando más prolíficos, producen casos dudosos como Virgilio y Petrarca, que probablemente pasan, entre los menos exigentes, por colosos.

E. Belles lettres. Longus, Prévost, Benjamín Constant, que no son exactamente "grandes maestros", de quienes apenas puede decirse que hayan originado una forma, pero que no obstante han aportado algún modo a un alto desarrollo.

F. Y hay una suplementaria o sexta clase de escritores, los iniciadores de locuras, los Mc Phersons osiánicos, los Góngoras, cuya ola de moda fluye por encima del arte de escribir durante algunos siglos, y luego se desvanece, dejando las cosas como estaban.

Los malos críticos han prolongado el uso de una terminología demodada, por lo común una terminología inventada para describir lo que se había hecho antes del año 300 A. C. y para describirlo en una forma bastante externa. Escritores de segundo orden han intentado a menudo producir obras que se acomodaran a alguna categoría o término aún no ocupado en su propia literatura local. Si descartamos las clasificaciones que se aplican a la forma externa de la obra, o a su ocasión, y si miramos a lo que actualmente acontece, por ejemplo, en la poesía, encontraremos que el lenguaje se carga o energiza de varias maneras. Esto es, hay tres "clases de poesía".

MELOPEYA, donde las palabras, por encima de su certificado llano, se muestran cargadas de una propiedad musical que dirige la orientación o inclinación de ese significado.

FANOPEYA, que es una proyección de imágenes sobre la imaginación visual.

LOGOPEYA, "La danza del intelecto entre las palabras", es decir, que emplea las palabras no sólo por su significado directo, sino teniendo en cuenta de un modo especial los hábitos de uso, el contexto en que esperamos encontrar la palabra, sus concomitantes usuales, sus acepciones conocidas y el juego irónico. Da cabida al contenido estético que es peculiarmente el dominio de la manifestación verbal y que no puede ser contenido en la plástica o en la música. Es el último de los modos aparecidos, y tal vez el más engañoso, el de menos confianza.

EZRA POUND.

* Ezra Pound, el alto poeta norteamericano, es también uno de los más universales y sagaces críticos del Norte. El siguiente fragmento es extracto autónomo de una serie de tres ensayos recientes en que Ezra Pound ha intentado una teoría de la energética del lenguaje literario, como base del arte de escribir y guía de lecturas esenciales.

¿Desea Ud. leer un buen libro?

ELIJA:

- "Chilenos del Mar", por Mariano Latorre, \$ 6.00
- "El Tronco Herido", por Luis Orrego Luco, \$ 7.00
- "El Socio", por Jenaro Prieto, \$ 6.00
- "Miserias de Arriba", por E. Vergara Robles, \$ 6.00
- "El Delincuente", por Manuel Rojas, \$ 6.00
- "La Tragedia de Miguel Orozco" por Alberto Romero, \$ 6.00

EN PROVINCIAS \$ 0.50
MAS POR EJEMPLAR

Pídalo en cualquier Librería de Santiago y Provincias.

librería **SALVAT**
Barcelona-Santiago

Casilla 2326 — Teléf. 84734 — Agustinas 1043.

El mejor surtido de libros en la mejor librería.

SEÑORAS:

Cuando necesiten

ROPA INTERIOR

en jersey de algodón, hilo o seda, acuden directamente al depósito central de la Fábrica de Tejidos «ÑUÑO»

CALLE MONEDA N.º 867

(entre Estado y San Antonio) Es el depósito más surtido en el ramo y el que vende más barato en plaza.

LEMA:

VENDER BARATO PARA VENDER MUCHO

H O R A D E L O

DIAS DE OCIO EN EL PAIS DEL YANN

Cruzando el bosque, bajé a la orilla del Yann, y allí encontré, según se había profetizado, al barco "El Pájaro del Río", presto a soltar amarras.

El capitán estaba sentado, con las piernas cruzadas, sobre la blanca cubierta, con su cimitarra al lado, enfundada en su vaina esmaltada de pedrería; y los marineros despleaban las ágiles velas para guiar el navío al centro del Yann, y entretanto cantaban viejas canciones de paz. Y el viento de la tarde que descendía helado de los campos de nieve de alguna montaña, residencia de lejanos dioses, llegó de súbito como una alegre noticia a una ciudad impaciente, e hinchó las velas, que semejaban alas.

Y así alcanzamos el centro del río, y los marineros arriaron las grandes velas. Pero yo había ido a saludar al capitán, y a inquirir los milagros y las apariciones entre los hombres de los más santos dioses de cualquiera de las tierras en que él había estado. Y el capitán respondió que venía de la hermosa Belzoond, y que había adorado a los dioses menores y más humildes que rara vez enviaban el hambre o el trueno y que fácilmente ese aplacaban con pequeñas batallas. Y le dije cómo llegaba de Irlanda, que está en Europa, y el capitán y todos los marineros se rieron, pues decían: "No hay tales lugares en todo el país de los sueños". Cuando acabaron de burlarse, expliqué que mi fantasía moraba por lo común en el desierto de Cuppar-Nombo, en una ciudad azul llamada Golthoth la Condenada, que guardaban en todo su contorno los lobos y sus sombras, y que había estado desolada años y años por una maldición que fulminaron una vez los dioses airados y que no habían podido revocar. Y que a veces mis sueños me habían llevado hasta Pungar Vees, la roja ciudad murada donde están las fuentes, que comercia con Thul y las Islas. Cuando hablé así me dieron albricias por la elección de mi fantasía, diciendo que, aunque ellos nunca habían visto esas ciudades, bien podían imaginarse lugares tales.

Durante el resto de la tarde contraté con el capitán la suma que había de pagarme por mi travesía, si Dios y la corriente del Yann nos llevaban con fortuna a los arrecifes del mar que llaman Bar-Wul-Yann, la Puerta del Yann.

Ya había declinado el sol, y todos los colores de la tierra y el cielo habían celebrado un festival con él, y huído uno a uno al inminente arribo de la noche. Los loros habían volado a sus viviendas de las umbrías de una y otra orilla; los monos, asidos en fila a las altas ramas de los árboles, estaban silenciosos y dormidos; las luciérnagas subían y bajaban en las espesuras del bosque, y las grandes estrellas asomábanse resplandeciente a mirarse en la cara del Yann. Entonces, los marineros encendieron las linternas, colgáronlas a la borda del navío y la luz relampagueó súbitamente y deslumbró al Yann, y los ánades que viven a lo largo de las riberas pantanosas levantaron de pronto el vuelo y dibujaron amplios círculos en el aire,

y columbraron las lejanías del Yann, y la blanca niebla que blandamente encapotaba la fronda, antes de regresar a sus pantanos.

Entonces, los marineros se arrodillaron sobre cubierta y oraron, no a la vez, sino en turnos de cinco o seis. De uno y otro lado arrodillábanse cinco o seis, porque allí sólo rezaban a un tiempo hombres de creídos diferentes, para que ningún dios pudiera oír la plegaria de dos hombres al mismo tiempo. Tan pronto como uno acababa de orar, otro de la misma fe venía a tomar su puesto. Así es como se arrodillaba la fila de cinco o seis, con sus cabezas dobladas bajo las velas que latían al viento, mientras que la vena central del río Yann encaminábalos hacia el mar, y sus plegarias ascendían por entre las linternas y subían a las estrellas. Y detrás de ellos, en la popa del barco, el timonel rezaba en voz alta la oración del timonel, que rezan todos los que comercian por el río Yann, cualquiera que sea su fe. Y el capitán impetró a sus pequeños dioses menores, a los dioses que bendicen a Belzoond.

Y yo también sentí anhelos de orar. Sin embargo, no quería rogar a un dios celoso, allí donde los débiles y benévolos dioses eran humildemente invocados por el amor de los gentiles, y entonces me acordé de Sheol Nugganoh, a quien los hombres de la selva habían abandonado largo tiempo hacía, que está ahora solitario y sin culto, y a él recé.

Mientras estábamos orando, cayó la noche de repente, como cae sobre todos los hombres que rezan al atardecer y sobre los hombres que no rezan; pero nuestras plegarias confortaron nuestras almas cuando pensábamos en la Gran Noche que venía.

Y así, el Yann nos llevó magníficamente río abajo, porque estaba ensoberbecido con la fundida nieve que el Poltiades le trajera de los montes de Hap, y el Marn y el Migris estaban hinchados por la inundación; y nos condujo en su poder más allá de-Kyph y Pir, y vimos las luces de Golunza.

Pronto estuvimos todos dormidos, menos el timonel, que gobernaba el barco por la corriente central del Yann.

Cuando salió el sol cesó su canto el timonel, porque con su canto se alentaba en la soledad de la noche. Cuando cesó el canto nos despertamos súbitamente, otro tomó el timón y el timonel se durmió.

Sabíamos que pronto llegaríamos a Mandaroon. Luego que hubimos comido, apareció Mandaroon. Entonces, el capitán dió sus órdenes y los marineros arriaron de nuevo las velas mayores, y el navío viró, y dejando el curso del Yann, entró en una dársena bajo los rojos muros de Mandaroon. Mientras los marineros entraban para recoger frutas, yo me fuí solo a la puerta de Mandaroon. Sólo unas cuantas chozas había, en las que habitaba la guardia. Un centinela de lengua barba blanca estaba a la puerta armado de una herrumbrosa lanza. Llevaba unas grandes antiparras cubiertas de polvo. A través de la puerta, ví la ciudad. Una quietud de muerte reinaba en ella. Las calles parecían no haber sido holladas, y el musgo

crecía espeso en el umbral de las puertas; en la plaza del mercado dormían contusas figuras. Un olor de incienso venía con el viento hacia la puerta, incienso de quemadas adormideras, y oíase el eco de distantes campanas. Dije al centinela en la lengua de la región del Yann: "¿Por qué están todos dormidos en esta callada ciudad?"

El contestó: "Nadie debe hacer preguntas en esta puerta, porque puede despertarse la gente de la ciudad. Porque cuando la gente de esta ciudad se despierte, morirán los dioses. Y cuando mueran los dioses, los hombres no podrán soñar más". Empezaba a preguntarle qué dioses adoraba la ciudad, pero él enristró su lanza, porque nadie podía hacer preguntas allí. Le dejé entonces y me volví al "Pájaro del Río".

Mandaroon era realmente hermosa con sus blancos pináculos enhiestos sobre las rojas murallas y los verdes tejados de cobre.

Cuando llegué al "Pájaro" del Río, los marineros ya estaban a bordo. Levamos anclas en seguida y nos hicimos a la vela otra vez, y otra vez seguimos por el centro del río. El sol culminaba en su carrera, y alcanzábamos a oír en el río Yann las incontables miriadas de coros que le acompañan en su ronda por el mundo. Porque los pequeños seres que tienen muchas patas habían desplegado al aire sus alas de gasa, suavemente, como el hombre que se apoya de codos en el balcón y rinde regocijado solemnes alabanzas al sol; o bien unos con otros danzaban en el aire inciertas danzas complicadas y ligeras, o desviábanse para huir al ímpetu de alguna gota de agua que la brisa había sacudido de una orquídea silvestre, escalofriando el aire y estremeciéndole al precipitarse a la tierra, pero entretanto cantaban triunfalmente: "Porque el día es para nosotros — dicen, — lo mismo si nuestro magnánimo y sagrado padre el sol engendra más de nuestra especie en los pantanos, que si se acaba el mundo esta noche". Y allí cantaban todos aquellos cuyas notas son conocidas de los oídos humanos, así como aquellas cuyas notas, mucho más numerosas, jamás fueron oídas por el hombre.

Para todos estos seres, un día de lluvia hubiera sido como para el hombre una era de guerra que asolara los continentes durante la vida de una generación.

Y salieron también de la oscura y humeante selva para contemplar el sol y gozarse en él las enormes y tardas mariposas. Y danzaron; pero danzaban perezosamente en las calles del aire como tal reina altiva de lejanas tierras conquistadas, en su pobreza y destierro danza en algún campamento de gitanos por sólo el pan para vivir, pero sin que su orgullo consintiera bailar por un mendrugo más.

Y las mariposas cantaron de pintadas y extrañas cosas, de orquídeas purpúreas y de rojas ciudades perdidas, y de los monstruosos colores de la selva marchita. Y ellas también estaban entre aquellos cuyas voces son imperceptibles a los oídos humanos. Y cuando fluctuaban sobre el río, de bosque a bosque, fué disputado su esplendor por

la enemiga belleza de las aves que salieron a perseguirlas. A veces posábanse en las blancas y ceras yemas de la planta que se arrastra y trepa por los árboles de la selva; y sus alas de púrpura resplandecían sobre los grandes capullos, como cuando van las caravanas de Nurl a Thace las sedas relampagueantes resplandecen sobre la nieve, donde los astutos mercaderes las despliegan una a una para ofuscar a los montañeses de las montañas de Noor.

Mas sobre hombres y animales, el sol enviaba su sopor. Los monstruos del río yacían dormidos en el légamo de la orilla. Los marineros alzaron sobre cubierta un pabellón de doradas borlas para el capitán, y fuéronse todos, menos el timonel, a zambajarse bajo una vela que habían tendido como un toldo entre dos mástiles. Entonces se contaron cuentos unos a otros, de sus ciudades y de los milagros de sus dioses, hasta que cayeron dormidos. El capitán me brindó la sombra de su pabellón de borlas de oro y charlamos durante algún tiempo, diciéndome él que llevaba mercancías a Perdonaris, y que de retorno llevaría cosas del mar a la hermosa Belzoond. Y mirando a través de las aberturas del pabellón, los brillantes pájaros y mariposas que cruzaban sobre el río una y otra vez se quedó dormido, y soñé que era un monarca que entra en su capital bajo empavesados arcos, y que estaban allí todos los músicos del mundo tañendo melodiosamente sus instrumentos, pero sin nadie que le aclamase.

A la tarde, cuando enfrió el día, desperté y encontré al capitán ajustándose la cimitarra que se había desceñido para descansar.

En aquel momento nos aproximamos al amplio faro de Astahahn, que se abre sobre el río. Extrañas barcas de antiguo corte estaban amarradas a los peldaños. Al acercarnos, vimos el abierto recinto marmóreo, en cuyos tres lados levantábanse las columnatas del frente de la ciudad. Y en la plaza y a lo largo de las columnatas paseaba la gente de aquella ciudad con la solemnidad y el cuidado gestó que corresponde a los ritos del antiguo ceremonial. Todo en aquella ciudad era de estilo antiguo, la decoración de las casas, que, destruidas por el tiempo, no habían sido reparadas, era de las épocas más remotas; y por todas partes estaban representados en piedra los animales que han desaparecido de la tierra hace mucho tiempo: el dragón, el grifo, el hipogrifo y las varias especies de gárgola. Nada se encontraba, ni en los objetos ni en los usos, que fuera nuevo en Astahahn. Nadie reparó en nosotros cuando entramos, sino que continuaron sus procesiones y ceremonias en la antigua ciudad, y los marineros, que conocían sus costumbres, tampoco pusieron mayor atención en ellos. Pero yo, así que estuvimos cerca, pregunté a uno de ellos que estaba al borde del agua qué hacían los hombres en Astahahn, y cuál era su comercio y con quién traficaban. Dijo: "Aquí hemos encadenado y maniatado al Tiempo, que, de otra suerte, hubiera matado a los dioses".

Le pregunté entonces qué dio-



Eduardo Juan Moretón sany, nació en Meath, distrito seis familias de la más elevada de la época normanda, familia, de origen normando, el señorío de Fingall y el d. siglo XIII.

Entre los años 1909 y tituladas "La Puerta Brillante Desconocido", a cuyo su libro "Los Dioses de Pe Pradaic Colum, que ha define de este modo: "El s tan la imaginación: espadas, clavos en revuelta y reyes un creador de mitos, y pu y a los torbellinos vastas y sus orígenes literarios. Son nas si es posible sorprender, embargo, la implacable hos ce la fantasía del hombre, intereses comerciales, contr nización material".

Lord Dunsany habita que data del siglo XII, y a nera de los antiguos señore co actuó en una guerra. Es De su libro "Cuentos e te historia.

ses adoraban en aquella ciudad y respondió: "A todos los dios a quienes el Tiempo no ha tado todavía". Me volvió la palda y no dijo más y se puso de nuevo el gesto pro de la antigua usanza. Y así, según la voluntad del Yann, dermos y abandonamos Astahahn. El río ensanchábase por bajo Astahahn; allí encontramos yores cantidades de los páj que hacen presa en los peces eran de plumaje maravillosos no salían de la selva, sino con sus largos cuellos estir y con sus patas tendidas h atrás en el viento, volaban tos por el centro del río.

Entonces empezó a conder se el anochecer. Una espesa bla blanca había aparecido s el río y calladamente se ex día. Asíase a los árboles con gos brazos impalpables, y a día sin cesar, helando el aire blancas formas huían a la s como si los espectros de los rineros naufragados estuvi buscando furtivamente en

M I S C O N T E M P O R A N E O S

MANUEL ROJAS

Un hombre alto, con los hombros inmóviles, la cabeza inclinada y los brazos oscilando sin voluntad, atravesaba diagonalmente la calle. Ese hombre, de guapo aspecto, terminaba en un sombrero de felpa café. Sobre el cuello llevaba anudado con sabiduría un pañuelo de seda negra.

Fuimos presentados en la puerta de una casa antigua por un personaje de índole pacífica:

—El compañero Manuel Rojas...

—Un simpatizante... Era yo entonces delgado como un junco. Y pálido; pero eso no me impedía poner el hombro en la tarea común: la mutación completa del mundo. No habría jugado mis esperanzas por menos cosa.

Esto ocurrió en un lejano Domingo. Un Domingo con sol y con tierra.

En una vieja casa de estirpe colonial se juntaban muchos hombres. Hombres tallados en el pueblo, hombres evadidos de la geografía y sin ojos para el volumen. Seres acaso idénticos a los compañeros de aquel buen juicio que derribó el mundo antiguo. De aquel Jesús de Nazareth que entró en la historia y ocupó todo el espacio reservado al porvenir.

La sala era profunda y alta. Un vaho de sombra ocultaba el fondo. Los muros tenían en la altura arrugas cubiertas de polvo.

Antes de las tres se conversaba en pequeños grupos. Brillaban los ojos, negreaban las barbas, las manos esculpían fugaces imágenes, y sonaban, como el oro, el bronce y el hierro, esas

palabras que el resto de la gente deja abandonadas en el diccionario.

El único ser absorto era el noruego. Un delgado y musculoso personaje vestido de negro. Sus ojos talvez azules, estaban llenos de témpanos, cabelleras rubias, abetos y brumas. Y estaban llenos de dulzura perenne. Nunca desplegaba los labios. Su silencio era una linda historia.

De este noruego de buenos ojos no se sabía el nombre ni el afán. Era una silueta vestida de oscuro que miraba. ¿Dónde estará?

A media tarde se apagaban los diálogos. Se oía entonces el habla de una sola persona. El mundo abstracto, sólo de nosotros conocido, se arrancaba de las palabras y adquiría cuerpo en la atmósfera difusa del salón. Habló uno de los ochocientos Larraínes. Un Larraín de rostro cristiano, de voz pálida y despreocupada. ¿Qué dijo? Palabras muy hermosas.

Después se izó un individuo vasto, con grandes bigotes castaños y párpados hinchados. Sobresalía de uno de sus bolsillos un ancho metro amarillento. Su cóncavo chaleco estaba adornado por gruesa cadena plateada. Miró con ojos y labios bondadosos. Luego bajó la mirada a la exacta cara de su reloj Waltham y, en seguida, con la misma bondadosa circunspección expresó la primera sentencia:

—Hablaré durante una hora... Los más exaltados echaronse a la calle; pero, el resto, hombres curados de espanto, quedaron en un silencio condicional.

—La humanidad en el camino de su desenvolvimiento...

Apénas llegaba a la época actual no conseguía exponer sus ideas dentro de las palabras. Sus mejores pensamientos le salían

ya por los ojos, ya por la punta de sus dedos. Y las palabras, sin mensaje, eran atraídas y devoradas por las brumosas paredes.

—¡Que hable otro compañero! —clamaban los descontentos.

—Pero si apénas llevo un cuarto de hora... Los camaradas le temen a las ideas.

—¡No aceptamos el monopolio de la palabra!

Volvió el carpintero a su oscuro rincón.

Los oradores de la reserva, aunque deseasen hablar, manteníanse en un mutismo lleno de orgullo. La multitud quedaba sin alimento. El hombre del reloj Waltham, vindicado por la actitud de los demás oradores, sonreía.

Muchos se levantaban, se cubrían y hacían la parodia de marcharse.

Inmediatamente un inspirado apoyaba las manos sobre la mesa. Era Ramón Illanes. ¡Si le estoy viendo! Sus ojos de metal negro, sus pómulos asiáticos, su bigote apénas marcado y caído hacia las comisuras. Era de porte regular pero de aspecto férreo y reconcentrado. No sabía jugar con las palabras, ni empleaba el tono de Jeremías, ni achacaba el malestar del mundo a los ricos hombres. Prefería descargar toda la responsabilidad sobre los que estaban más a su alcance. Echaba al aire palabras pesadas como adoquines y si súbitamente le entraba el malhumor interrumpía su discurso en pleno período.

—Yo me pregunto... así comenzaba — ¿quién hizo la tierra? Y miraba, severo, a la concurrencia. Entonces ¿por qué tiene dueños?

Yo soy zapatero y me basta un cuarto redondo. Ahí trabajo y leo, es decir, vivo mi vida; pero, vosotros que hacéis tanto

alarde de vuestro amor al campo, ¿por qué no lo reconquistáis? Nadie os lo traerá a esta sala.

Os lamentáis de vivir en malas casas... pero, ¿quiénes son los albañiles? ¿Acaso los millonarios? También clamáis contra la mala vestimenta aunque no es la aristocracia quien fabrica las telas. Y así... Sin embargo, ni la tierra vendrá a este salón, ni tendréis el lunes salarios más altos, ni vuestras inmundas pocilgas encontrarán hadas que las transformen en palacios. ¡Os domina la pereza, la palabrería hueca!

Y luego, humillando su cabeza, monologaba:

—Se han libertado del mito divino; pero, como tienen almas de esclavos, no son capaces de apoyarse en sus propias piernas. Necesitan creer en algo para olvidar la miseria. Y dan a la solidaridad y dan al pueblo los mismos atributos que otros dan a Dios. Y como también necesitan fantasmagoras creen a la burguesía dueña de un poder que no tiene.

Las cabezas desgredadas y cuadradas están pendientes de su tremendo monólogo. La atmósfera es un volumen de humo atravesado de olores. Entra un poco la tarde. Rien en la vecindad.

Ramón clava otra vez sus ojos en los cientos de ojos que le miran, y prosigue:

—¿Quiénes levantan casas para los burgueses, quiénes labran su tierra, quiénes hacen trepidar las máquinas de su fábricas, quiénes forjan espadas? Vosotros, vosotros y nadie más que vosotros. También sé a qué atenerme respecto a vuestra bullada solidaridad. Cuatro guardianes bien armados sobran para silenciar vuestras callejeras habla-

durías. Sé que apénas deje esta tribuna reiniciaréis las lamentaciones...

Illanes tornaba a su sitio anónimo y los hombres del auditorio quedaban desgajados, con las esperanzas en desorden, sin saber qué rumbo seguir y sin réplica en los labios.

Crujían los cerebros sin poder apoyarse en ideas más relativas.

Entonces se alzaba el largo cuerpo de Manuel Rojas. Y en tono suave, que no convenía bastante a su altura, iba diciendo versos muy elegantes, versos que ardían palacios y fábricas, versos con gritos de mujeres despavoridas y con la muerte en los cuatro puntos cardinales. Manuel Rojas se hundía en el humo.

Del humo ascendía otro compañero de estatura más modesta y abría la boca... Comenzaba la sala a llenarse con el diapasón varonil de aquellos versos con minas, seres magros y vastos paisajes, que Diego Dublé Urrutia escribió en un ayer ya distante. O se izaban las figuras natales que Víctor Domingo enlazó en su Nueva Marsellesa; pero, bajo la sedante atmósfera de los versos, seguían zumbando las agudas sentencias de Ramón Illanes.

Entraba el fresco aliento de la tarde. Y bien pronto se eclaba la penumbra del crepúsculo. Pensaban los obreros en el alba próxima sin ningún agrado... El andamio, la rueda, el yunque, el serrucho... y después la muerte.

Y así iban pasando los Domingos de nuestra juventud.

GONZALEZ VERA.

Santiago, 21 de agosto de 1928.

A B A N D O N O

Ahora soy como esos sacos negros que se quedan en las bodegas de todas las estaciones. En el Sur, llovido de corolas vespertinas, en el cálido Norte, donde los astros desparraman valiosos metales.

En cambio, yo decía cosas hermosas. De niño cantaba mi alegría en gritos entusiastas. Caían los días pálidos o brillantes sin rozar mis hombros, se acercaban las tardes como flores de canto. El bello tiempo ha recogido sus gajos olorosos. Sólo queda el pasado, desde donde estraigo esta voz casi muerta que me sirve para cantar. Tú misma, tú mi amiga, me decías que estas cosas están lejos como el hielo de los Polos. Sin embargo, todavía mis piernas resisten las largas caminatas, aún mis ojos se abren y contienen el agua que avanza, ya venga del cielo cantando, ya arriba a la playa gris.

A trancos lentos, pisoteando las tardes, salgo hacia la ciudad. La neblina es una carga para mi espalda. Momentos hay en casi no la resisto. Con miradas audaces logro apuñalear esa muralla oscura. Hay hermosos pascacielos y mujeres en los altos pisos. Unas asoman sus rostros que apenas entreveo. De otras se advierten las piernas claras, del color del mediodía. Sonríen con los transeuntes joviales.

Dime tú, mi amiga, qué hiciera para ahuyentar el otoño, para ahuyentar el otoño que surge del pavimento del anochecer. ¿Crees tú que tus besos podrían quemar mis labios descoloridos? Ah, tus besos no los darías ahora, me dices, como entonces, que recorrían mi rostro en todas direcciones, que medían mi carne como un aire de miel.

Es preciso aceptarlo todo, en este día. El otoño, la noche, el frío, el largo color amarillo. Sobre mi barrio cae como lluvia que nadie desea esta canción de ahora, que desde tanto tiempo quería romper mi alma, hacia el pasado muerto.

LUIS ENRIQUE DELANO.

SI UD. NO HA VISTO
EN EL HOYO
NO CONOCE A
Syd Chaplin

"EN EL HOYO" el conocido artista es un maestro en humorismo, en machietas, en loca y sana alegría

Reirá a gritos el 6 de Noviembre cuando se estrene

EN LA
Sala Imperio



Drax Plunkett, actual Lord Dundas de Irlanda. Perteneció a una de las aristocracias británicas actual que pues el primer conquistador de su país, irlandés ó norse-irlandés, fundó Dunsany. Sus títulos proceden del

1911 estrenó las piezas dramáticas "El Rey Agrimínis y el Gueunfo han seguido varias otras, y una".

Prologado una obra de Dunsany, lo dice sobre las cosas que despiertan las ciudades, templos y palacios, es desgracia. Tiene la mentalidad de dar a los barcos, a las ciudades propias formas. Fácil es encontrar en la Biblia, Homero y Heródoto. Apenas su obra una idea social. Hay, sin embargo, una idea que empobreció a las ciudades viles, contra la cultura que dimana de la orga-

su castillo del condado de Meath, practica la hospitalidad a la manera. Como oficial del Ejército británico gran cazador, y notable "cricketeer". "un soñador", tomamos la presen-

Y allí pasó como un proyectil, junto a nosotros, el trullo, de forma de flecha; y oímos los varios graznidos de los bandos de patos, que los marineros me dijeron habían llegado cruzando las cordilleras lispasianas; todos los años llegan por el mismo camino, que pasa junto al pico de Mluna, dejándolo a la izquierda; y las águilas de la montaña saben el camino que traen, y al decir de los hombres, hasta la hora, y todos los años los esperan en el mismo camino en cuanto las nieves han caído sobre los llanos del norte.

Más pronto avanzó la noche de tal manera, que ya no vimos los pájaros, y sólo oíamos el zumbido de sus alas, y de otros innumerables también, hasta que todos se posaron a lo largo de las márgenes del río, y entonces fué cuando salieron las aves de la noche. En aquel momento encendieron los marineros las linternas de la noche, y enormes alevillas aparecieron aleteando en torno del barco, y por momentos sus colores suntuosos hacíanse visibles a la luz de las linternas, pero al punto entraban otra vez en la noche, donde todo era negro. Oraron de nuevo los marineros, y después cenamos y nos tendimos, y el timonel tomó nuestras vidas a su cuidado.

Cuando desperté, me encontré que habíamos llegado a Perdondaris, la famosa ciudad. Porque a nuestra izquierda alzabase una hermosa y notable ciudad, tanto más placentera a los ojos, porque sólo la selva habíamos visto mucho tiempo hacía. Anclamos junto a la plaza del mercado y desplegóse toda la mercancía del capitán, y un mercader de Perdondaris se puso a mirarla. El capitán tenía la cimitarra en la mano y golpeaba con ella colérico sobre cubierta, y las astillas saltaban del blanco entarimado; porque el mercader habíale ofrecido por su mercancía un precio que el capitán tomó como un insulto a él y a los dioses de su país, de quienes dijo eran grandes y terribles dioses, cuyas maldiciones debían ser temidas. Pero el mercader agitó sus manos, que eran muy carnosas, mostrando las rojas palmas, y juró que no lo hacía por él, sino solamente por las pobres gentes de las chozas del otro lado de la ciudad, a quienes deseaba vender la mercancía al precio más bajo posible, sin que a él le quedara remuneración. Porque la mercancía consistía principalmente en las espesas alfombras **tumarunds**, que en invierno resguardan el suelo del viento, y el **tollab**, que se fuma en pipa. Dijo, por tanto, el mercader, que si ofrecía un **piffek** más, la pobre gente estaría sin sus **tumarunds** cuando llegase el invierno, y sin su **tollub** para las tardes; o que, de otra suerte, él y su anciano padre morirían de hambre.

A esto el capitán levantó su cimitarra contra su mismo pecho, diciendo que entonces estaba arruinado y que no le quedaba sino la muerte. Y mientras cuidadosamente levantaba su barba con su mano izquierda, miró el mercader de nuevo la mercancía, y dijo que mejor que ver morir a tan digno capitán, al hombre por quien él había concebido especial afecto desde que vió por primera vez su manera de gobernar la nave, él y su anciano opadre morirían de ham-

bre; y entonces ofreció quince **piffecks** más.

Cuando así hubo dicho, prosternóse el capitán y rogó a sus dioses que endulzaran aún más el amargo corazón de este mercader, — a sus diosillos menores, a los dioses que protegen a Belzoond.

Por fin ofreció el mercader cinco **piffecks** más. Entonces lloró el capitán, porque decía que se veía abandonado de sus dioses; y lloró también el mercader, porque decía que pensaba en su anciano padre y en que pronto moriría de hambre, y escondió su rostro lloroso entre las manos, y de nuevo contempló el **tollub** entre sus dedos. Y así concluyó el trato; tomó el mercader el **tumarund** y el **tollub**, y los pagó de una gran bolsa tintineante. Y fueron de nuevo empaquetados en balas. Y tres esclavos del mercader lleváronlos sobre sus cabezas a la ciudad. Los marineros habían permanecido silenciosos, con las piernas cruzadas en media luna sobre cubierta, contemplando ávidamente el trato, y al punto levantóse entre ellos un murmullo de satisfacción y empezaron a compararle con otros tratos que habían conocido. Dijéronme que hay siete mercaderes en Perdondaris, y que todos habían llegado junto al capitán uno a uno, antes de que empezara el trato, y que cada uno le había prevenido secretamente en contra de los otros. Y a todos los mercaderes habíales ofrecido el capitán el vino de su país, el que se hace en la hermosa Belzoond; pero no pudo persuadirlos para que aceptaran. Mas ahora que el trato estaba cerrado, y cuando los marineros, sentados, hacían la primera comida del día, apareció entre ellos el capitán con una barrica del mismo vino, y lo espitamos con cuidado, y todos nos alegramos a la par. El capitán se llenó de contento, porque veía relucir en los ojos de sus hombres el prestigio que había ganado con el trato que acaba de cerrar, así bebieron los marineros el vino de su tierra natal, y pronto sus pensamientos tornaron a la hermosa Belzoond y a las pequeñas ciudades vecinas de Durl y Duz.

Pero el capitán escanció para mí en un pequeño vaso de cierto vino dorado y denso de un jarrillo que guardaba aparte entre sus cosas sagradas. Era espeso y dulce, casi tanto como la miel, pero había en su corazón un poderoso y ardiente fuego que dominaba las almas de los hombres. Estaba hecho, díjome el capitán, con gran sutileza por el arte secreto de una familia compuesta de seis, que habitaban una choza en las montañas de Hian Min. Hallándose una vez en aquellas montañas, dijo, siguió el rastro de un oso y topó de repente con uno de aquella familia que había cazado al mismo oso; y estaba al final de una estrecha senda rodeada de precipicios, y su lanza estaba hiriendo al oso, pero la herida no era fatal y él no tenía otra arma. El oso avanzaba hacia el hombre, muy despacio, porque la herida le atormentaba; sin embargo, estaba ya muy cerca de él. No quiso el capitán revelar lo que hizo, mas todos los años, tan pronto como se endurecen las nieves y se puede caminar por el Hian Min, aquel hombre baja al mercado de las llanuras y deja siempre para el capitán, en la puerta de la hermosa Belzoond, una vasija del inapreciable vino secreto.

Cuando paladeaba el vino y hablaba el capitán, recordé las grandes y nobles cosas que me había propuesto realizar tiempo hacía, y mi alma pareció cobrar más fuerza en mi interior y dominar toda la corriente del Yann. Puede que entonces me durmiera. O, si no me dormí, no recuerdo ahora detalladamente mis ocupaciones de aquella mañana. Al oscurecer, me desperté, y como desease ver Perdondaris antes de partir a la mañana siguiente, y no pude despertar al capitán, desembarqué solo. Perdondaris era, ciertamente, una poderosa ciudad; una muralla muy elevada y fuerte la circundaba, con galerías para las tropas y aspilleras a todo lo largo de ella, y quince fuertes torres de milla en milla, y placas de cobre puestas a altura que los hombres pudieran leerlas, contando en todas las lenguas de aquellas partes de la Tierra, — un idioma en cada placa, — la historia de cómo una vez atacó un ejército a Perdondaris y de lo que le aconteció al ejército. Entré luego en Perdondaris y encontré a toda la gente de baile, todos cubiertos con brillantes sedas, y tocaban al **tambang** a la vez que bailaban. Porque mientras yo durmiera habíales aterrorizado una espantosa tormenta, y los fuegos de la muerte, decían, habían danzado sobre Perdondaris; pero ya el trueno había huido saltando, grande, negro y horrible, decían, sobre los montes lejanos; y se había vuelto a gruñirles de lejos, mostrando sus dientes relampagueantes; y al huir había estallado sobre las cimas, que resonaron como si hubieran sido de bronce. Con frecuencia hacían pausa en sus danzas alegres e imploraban al Dios que no conocían, diciendo: "¡Oh Dios desconocido, te damos gracias porque has ordenado al trueno volverse a sus montañas!"

Seguí andando y llegué al mercado, y allí vi, sobre el suelo de mármol, al mercader profundamente dormido, que respiraba difícilmente, el rostro y las palmas de las manos vueltos al cielo, mientras los esclavos le abanicaban para guardarle de las moscas. Del mercado me encaminé a un templo de plata, y luego a un palacio de ónice; y había muchas maravillas en Perdondaris, y allí me hubiera quedado para verlas, mas al llegar a la otra muralla de la ciudad vi de repente una inmensa puerta de marfil. Me detuve un momento a admirarla, y acercándome percibí la espantosa verdad. ¡La puerta estaba tallada de una sola pieza!

Huí precipitadamente y bajé al barco, y en tanto que corría creí oír a lo lejos, en los montes que dejaba a mi espalda, el pisar del espantoso animal que había segregado aquella masa de marfil, el cual, tal vez entonces, buscaba su otro colmillo. Cuando me vi en el barco, me consideré salvo, pero oculté a los marineros cuanto había visto.

El capitán salía entonces poco a poco de su sueño. Ya la noche venía rodando del este y del norte, y sólo los pináculos de las torres de Perdondaris se encendían al sol poniente. Me acerqué al capitán y le conté tranquilamente las cosas que había visto. El me preguntó al punto sobre la puerta, en voz baja, para que los marineros no pudieran saberlo; y yo le dije que su peso era tan enorme, que no podía haber sido acarreada de lejos, y el capitán sabía que hacía un año no estaba allí. Estuvimos de

acuerdo en que aquel animal no podía haber sido muerto por asalto de ningún hombre, y que la puerta tenía que ser de un colmillo caído, y caído allí cerca y recientemente. Entonces resolvió que mejor era huir al instante; mandó zarpar, y los marineros se fueron a las velas, otros levaron el ancla, y justo en el instante en que el más alto pináculo de mármol perdía el último rayo del sol, dejamos Perdondaris, la famosa ciudad. Cayó la noche y envolvió a Perdondaris, y la ocultó a nuestros ojos, los cuales no habrán de verla nunca más; porque yo he oído después que algo maravilloso y repentino había hecho naufragar a Perdondaris en un solo día con sus torres y sus murallas y su gente.

La noche hizo más profunda sobre el río Yann, una noche blanca con estrellas. Y con la noche se alzó la canción del timonel. Luego de orar, comenzó su cántico para alentarse a sí mismo en la noche solitaria. Pero primero oró, rezando la plegaria del timonel. Y esto es lo que recuerdo de ella, traducido como un ritmo muy poco semejante, al que parecía tan sonoro en aquellas noches del trópico:

"A cualquier Dios que pueda oír."

"Donde quiera que estén los marineros, en el río o en el mar, ya sea oscura su ruta o naveguen en la borrasca; ya los amenaza peligro de fiera o de roca; ya los aceche el enemigo en tierra o los persiga por el mar, ya esté helada la caña del timón o rígido el timonel; ya duerman los marineros bajo la guardia del piloto, guárdanos, guíanos, tórnanos a la vieja tierra que nos ha conocido, a los lejanos hogares que conocemos."

"A todos los dioses que son. A cualquier Dios que pueda oír."

Así oraba en silencio. Y los marineros se tendieron para reposar. Se hizo más profundo el silencio, que sólo interrumpía las ondas del Yann, que rozaban ligeramente nuestra proa. A veces, algún monstruo del río tosía. Silencio y ondas, ondas y silencio, otra vez.

Y la soledad envolvió al timonel, y empezó a cantar. Y cantó las canciones del mercado de Durl y Duz, y las viejas leyendas del dragón de Belzoond.

Cantó muchas canciones, contando al espacioso y exótico Yann los pequeños cuentos y monadas de su ciudad de Durl. Las canciones fluían sobre la oscura selva y ascendían por el claro aire frío, y los grandes bandos de estrellas que miraban sobre el Yann empezaron a saber de las cosas de Durl y de Duz, y de los pastores que vivían en aquellos campos y de los rebañeros que guardaban, y de los amores que habían amado, y de todas las pequeñas cosas que esperaban hacer. Yo, acostado, envuelto en pieles y mantas escuchaba aquellas canciones, y contemplando las formas fantásticas de los grandes árboles que parecían negros gigantes que acechaban en la noche, me quedé dormido.

Cuando desperté, grandes nieblas salían arrastrándose del Yann. El caudal del río fluía ahora tumultuoso, y aparecieron pequeñas olas, porque el Yann había husmeado a lo lejos las antiguas crestas de Glorm y sabía que sus torrentes estaban frescos delante de él, allí donde había de encontrar el alegre Irihión gozándose en los campos

sombra los espíritus malignos que tiempo atrás habíales hecho naufragar en el Yann.

Cuando el sol comenzó a hundirse tras el campo de orquídeas que descollaban en la alfombrada ladera de la selva, los monstruos del río salieron chapoteando del cieno en que se habían acostado durante el calor del día, y los grandes animales de la selva salían a beber. Las mariposas habíanse ido a descansar poco antes. En los angostos afluentes que cruzábamos, la noche parecía haber cerrado ya, aunque el sol, que se había ocultado de nosotros, aún no se había puesto.

Entonces, las aves de la selva tornaron volando muy altas sobre nosotros, con el reflejo bermellón del sol en sus pechos, y arriaron sus piñones tan pronto como vieron el Yann, y abatiéronse entre los árboles. Las cercetas empezaron entonces a remontar el río en grandes bandadas, silbando; de súbito, giraron y se perdieron volando río abajo.

de nieve. Sacudió el letárgico sueño que le invadiera entre la selva cálida y olorosa, y olvidó sus orquídeas y sus mariposas, y se precipitó expectante, turbulento, fuerte; y pronto los nevados picos de los montes de Glorm aparecieron resplandecientes. Ya los marineros despertaban de su sueño. En seguida comimos y se echó a dormir el timonel mientras le reemplazaban un compañero, y todos extendieron sobre aquél sus mejores pieles.

A poco oímos el son del Irillión, que bajaba danzando de los nevados campos.

Y después vimos el torrente de los montes de Glorm, empujado y brillante ante nosotros, y hacia él fuimos llevados por los saltos del Yann. Entonces dejamos la vaporosa selva y respiramos el aire de la montaña; irguiéronse los marineros y tomaron de él grandes bocanadas, y pensaron en sus remotos montes de Acroctia, en que estaban Durl y Duz. Más abajo, en la llanura, está la hermosa Belzoon.

Una gran sombra cobijábase entre los acantilados de Glorm, pero las crestas brillaban sobre nosotros lo mismo que nudosas lunas y casi encendían la penumbra. Cada vez se oía más clamoroso el canto del Irillión, y el rumor de su danza descendía de los campos de nieve, que pronto vimos blanca, llena de nieblas y enguinaldada de finos y tenues arco-iris, que se había prendido en las cimas de la montaña de algún jardín celestial del sol. Entonces corrió hacia el mar con el ancho Yann gris, y el valle se ensanchó y se abrió al mundo, y nuestro barco fluctuante salió a la luz del día.

Pasamos toda la mañana y toda la tarde entre las marismas de Pondooverly; el Yann se derramaba en ellas y fluía solemne y pausado, y el capitán mandó a los marineros que tañeran las campanas para dominar el espanto de las marismas.

Por fin dejáronse ver las montañas de Irusia, que alimentan los pueblos de Pen-Kai y Blut, y las calles turtuosas de Mlo, donde los sacerdotes sacrifican a los aludes vino y maíz. Descendió luego la noche sobre los llanos de Tlun, y vimos las luces de Cappadarnia. Oímos a los Pathnitas batir sus tambores cuando pasamos el Imaut y

Golzunda; luego todos durmieron, menos el timonel. Y los pueblos esparcidos por las riberas del Yann oyeron toda aquella noche en la lengua desconocida del timonel cancioncillas de ciudades que ignoraban.

Me desperté al alba con la sensación de que era infeliz, antes de recordar por qué. Entonces recapacité en que al atardecer del día incipiente, según todas las probabilidades, debíamos llegar a Bar - Wul-Yann, donde había de separarme del capitán y de sus marineros. Hábiame agradado el hombre, porque me obsequiaba con el vino amarillo que tenía apartado entre sus cosas sagradas y porque me contaba muchas historias de su hermosa Belzoon, entre los montes de Acroctia y el Hiam Min. Y habíanme gustado las costumbres de los marineros y las plegarias que rezaban el uno al lado del otro al caer la tarde, sin tratar de arrebatarse los dioses ajenos. También me deleitaba la ternura con que hablaban a menudo de Durl y de Duz, porque es bueno que los hombres amen sus ciudades nativas y los pequeños montes en que se asientan aquellas ciudades.

Y había llegado hasta saber a quién encontraban cuando tornaban a sus hogares, y dónde pensaban que tuvieran lugar los encuentros, unos en el valle de los montes acroctianos, adonde sale el camino del Yann; otros en la puerta de una u otra de las tres ciudades, y otros junto al fuego de su casa. Y pensé en el peligro que a todos nos había por igual amenazado en las afueras de Perondaris, peligro que, por lo que ocurrió después, fué muy real.

Y pensé también en la animosa canción del timonel en la fría y solitaria noche, y en cómo había tenido nuestras vidas en sus manos cuidadosas. Y cuando así pensaba, cesó de cantar el timonel, alcé los ojos y vi una pálida luz que había aparecido en el cielo; y la noche solitaria había transcurrido, ensanchábase el alba y los marineros despertaban.

Pronto vimos la marea del mar que avanzaba resuelta entre las márgenes del Yann, y el Yann saltó flexible hacia él y ambos lucharon un rato; luego el Yann y todo lo que era suyo fué empujado hacia el Norte;

así que los marineros tuvieron que izar las velas, y gracias al viento favorable, pudimos seguir navegando.

Pasamos por Góndara, Narl y Haz. Vimos la memorable y santa Golnuz y oímos la plegaria de los peregrinos.

Cuando despertamos, después del reposo de mediodía, nos acercábamos a Nen, la última de las ciudades del Yann. Otra vez nos rodeaba la selva, así como a Nen; pero la gran cordillera de Mloon dominaba todas las cosas y contemplaba a la ciudad desde fuera.

Anclamos, y el capitán y yo penetramos en la ciudad, y allí supimos que los Vagabundos habían entrado en Nen.

Los Vagabundos eran una extraña, enigmática tribu, que una vez cada siete años bajaban de las cumbres de Mloon, cruzando la cordillera por un puerto que sólo ellos conocen, de una tierra fantástica que está del otro lado. Las gentes de Nen habían salido todas de sus casas, y estaban maravilladas en sus propias calles, porque los Vagabundos, hombres y mujeres, se apiñaban por todas partes y todos hacían alguna cosa rara. Unos bailaban pasmosas danzas que habían aprendido del viento del desierto, arqueándose y girando tan vertiginosamente, que la vista ya no podía seguirlos. Otros tañían en instrumentos bellos y plañideros sones llenos de horror que les había enseñado su alma, perdidos por la noche en el desierto, ese extraño y remoto desierto de donde venían los Vagabundos.

Ninguno de sus instrumentos era conocido en Nen, ni en parte alguna de la región del Yann; ni los cuernos de que algunos estaban hechos eran de animales que alguien hubiera visto a lo largo del río, porque tenían barbas las puntas. Y cantaron en un lenguaje ignorado cantos que parecían afines a los misterios de la noche y al miedo sin razón que inspiran los lugares oscuros.

Todos los perros de Nen recibían de ellos agriamente. Y los Vagabundos contábase entre sí cuentos espantosos, pues, aunque ninguno de Nen entendía su lenguaje, podían ver el terror en las caras de los oyentes, y cuando el cuento acababa, el blanco de sus ojos mostraba un vivido terror, como los ojos de la avecilla en que hace presa el

halcón. Luego el narrador sonreía y se detenía, y otro contaba su historia, y los labios del narrador del primer cuento temblaban de espanto. Si acertaba a aparecer alguna feroz serpiente, los Vagabundos recibíanla como a un hermano, y la serpiente parecía darles su bienvenida antes de desaparecer. Una vez, la más feroz y letal de las serpientes del trópico, la gigante lythra, salió de la selva y entróse por la calle, la calle principal de Nen, y ninguno de los Vagabundos se apartó; por el contrario, empezaron a batir ruidosamente los tambores, como si se tratara de una persona muy honorable; y la serpiente pasó por en medio de ellos, sin morder a ninguno.

Hasta los niños de los Vagabundos hacían cosas extrañas, pues cuando alguno se encontraba con un niño de Nen, ambos se contemplaban en silencio con grandes ojos serios; entonces, el niño de los Vagabundos sacaba tranquilamente de su turbante un pez vivo o una culebra; y los niños de Nen no hacían nada de esto.

Anhelaba quedarme para escuchar el himno con que reciben a la noche y que contestan los lobos de las alturas de Mloon, mas ya era tiempo de levar el ancla para que el capitán pudiera volver de Bar-Wul-Yann a favor de la pleamar. Tornamos a bordo y seguimos aguas abajo del Yann. El capitán y yo hablábamos muy poco, porque ambos pensábamos en nuestra separación, que habría de ser para largo tiempo, y nos pusimos a contemplar el esplendor del sol occiduo. Porque el sol era un oro rojizo; mas una tenue y baja bruma envolvía la selva, y en ella vertían su humo las pequeñas ciudades de la selva, y el humo se fundía en la bruma, y todo se juntaba en una niebla de color púrpura que encendía el sol, como son santificados los pensamientos de los hombres por alguna cosa grande y sagrada. A veces la columna de humo de algún hogar aislado levantábase más alta que los humos de la ciudad y fulgaba señera al sol.

Y ya los últimos rayos del sol llegaban casi horizontales, cuando apareció el paraje que yo había venido a ver, porque de dos montañas que alzábanse en una y otra ribera avanzaban sobre el

rio dos riscos de rojo mármol que flameaban a la luz del sol raso; eran bruñidos y altos como una montaña, casi se juntaban y el Yann pasaba entre ellos estrechándose y encontraba el mar.

Era Bar-Wul-Yann, la Puerta del Yann, y a distancia por la brecha de esta barrera, divisé el azul indescriptible del mar, donde relampagueaban pequeñas barcas de pesca.

Y el sol se puso, y vino el breve crepúsculo, y la apoteosis gloriosa de Bar-Wul-Yann se desvaneció; pero aún llameaban las rojas moles, el más bello mármol que han visto los ojos, y esto en un país de maravillas. Pronto el crepúsculo dió campo a las estrellas, y los colores de Bar-Wul-Yann fueron desvaneciéndose. La vista de aquellos riscos fué para mí como la cuerda musical que, desprendida del violín por la mano del genio, lleva al cielo o a las hadas los espíritus trémulos de los hombres.

Entonces anclaron a la orilla y no siguieron adelante, porque eran marinos de río, no del mar, y conocían el Yann, pero no el oleaje de fuera.

Y el momento llegó en que debíamos separarnos, el capitán y yo; él para volver a su hermosa Belzoon, frente a los picos distantes de Hian Min; yo a buscar por extraños medios mi camino de retorno a los campos brumosos que conocen todos los poetas, donde se alzan las casitas misteriosas por cuyas ventanas, mirando a Occidente, podéis ver los campos de los hombres, y mirando hacia Oriente, fulgurantes montañas de fantasmas, encapotadas de nieve, que marchan de cadena en cadena a internarse en la región del Mito, y más allá, al reino de la fantasía, que pertenece a las Tierras del Ensueño. Nos miramos largamente uno a otro, sabiendo que no habíamos de encontrarlos jamás, porque mi fantasía va decayendo al paso de los años y entro cada vez más raramente en las Tierras del Ensueño. Nos estrechamos las manos, muy poco ceremoniosamente de su parte, porque tal no es el modo de saludarse en su país, y encomendó mi alma a sus dioses, a sus pequeños dioses menores, a los humildes, a los dioses que protegen a Belzoon.

LORD DUNSANY.

SINFONIA EN EL MES DE JUNIO

El largo cordaje del viento, en redondel gira en torno de tí, niña de mi presidio, sin más luz que la mañana. Pero, aquí es el Invierno el que vigila detrás de los hombres, y en su ojo cae la lágrima del mes de junio.

Regresaré allá donde hubo una canción para tus sueños felices en la música letal, transparente, del suburbio, ¿Acogerá al que yace encima del vuelco de la vida en este paraje lleno de sorpresas, orillando la mar que mece los veleros? Los habitantes semidormidos, de corazón como una simple argolla, tienen tu retrato oculto entre el perfil de sus jardines, en el musgo de su vejez.

A través de la bruma, en el mes de junio, (¡hacen ya tantos años que soy la sombra fugitiva!) mi sinfonia languidece, como la voz extraña de un flautista, en el aire tristemente acompasado.

Jacobo DANKE.

VIAJERA

Balanceada en la copa musical de la altura el tiempo te distiende su sábana tranquila.

Golondrina volante de infinito a infinito, así como la hoja del almendro florido.

Liberada del tronco maternal del destino, racimo abandonado con fatiga de otoño.

El viento marinero se detiene encantado y olvidado y borracho se te duerme en los hombros.

Apretada de ritmos como de brazos firmes poseída en el lecho de la tarde caliente.

Azucenas morenas como dos astros nuevos en su balcón los dioses te contemplan los senos.

Enagua abierta como la rosa en primavera desde este sólo punto te sorprende desnuda.

Si levanto los brazos a las rutas de arriba se me queman las manos en febriles hogueras.

JUVENCIO VALLE.